

LA AMENAZA MURIDA

a. thorkent

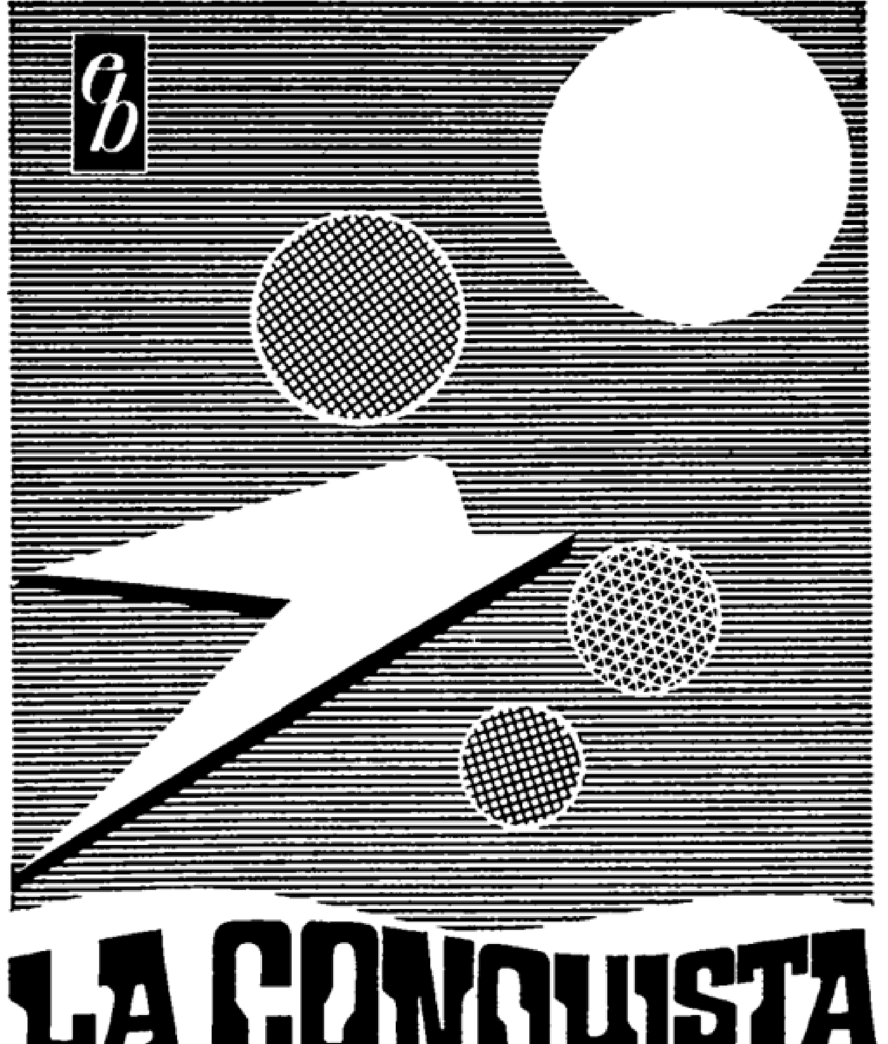
CIENCIA FICCION



LA AMENAZA MURIDA

a. thorkent

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

317 — *El traficante* — Glenn Parrish

318 — *Herederos del espacio* — Marcus Sidéreo

319 — *Paso once* — Curtis Garland

320 — *La granja* — Ralph Barby

321 — *Planeta en agonía* — Glenn Parrish

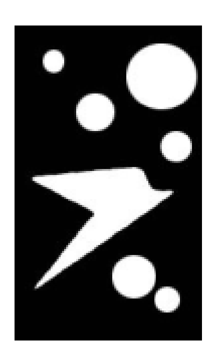
A. THORKENT

LA AMENAZA MURIDA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 332

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 34.242 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. º edición: octubre, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Habían pasado cien años desde que se celebró aquel triste juicio, en el cual Traoll había sido condenado por el Gran Juez, ante la complacencia de los testigos rills.

Nurok era aún casi un adolescente cuando escuchó la sentencia a través del visor. Entonces sintió deseos de llorar, al mismo tiempo que se juraba que los culpables de aquella farsa lo pagarían caro algún día.

Su amado maestro Traoll fue condenado implacablemente. El Gran Juez, seguramente instruido por los rills, dictó sentencia: Traoll debía abandonar Attol. Como las leyes prohibían la muerte, fue confinado en una nave, más bien una cárcel de acero, de la que no podría salir.

Nurok fue incapaz de presenciar la retransmisión de la partida de la nave. Se escondió en una habitación de la universidad, de la que no salió hasta pasados tres días. Cuando lo hizo, sabía que su maestro, a quien tanto admiraba y amaba, cruzaba a velocidad súper-lumínica los espacios, hacia un destino desconocido. En realidad, la nave carecía de destino. Viajaría, durante siglos, errante por el espacio, impidiendo al prisionero que pudiera hacerla descender en ningún planeta. Terminaría siendo el ataúd del jefe del movimiento redentor de la raza Attol.

Traoll no fue comprendido por sus compatriotas. Por el contrario, su nombre fue escarnecido y maldecido, casi unánimemente, por sus hermanos de raza. Pero algunos attolitas compartían las ideas de Traoll.

Entre ellos, quien con más fervor compartía sus ideas, era Nurok.

Cuando las autoridades intervinieron para detener la acción proselitista de Traoll, los discípulos se sintieron desamparados, y se limitaron a callar. Únicamente Nurok intentó convencer a sus compañeros para iniciar una lucha en defensa de su jefe. Pero le dejaron solo, asustados de verse involucrados en el juicio.

Así, Nurok les maldijo. Sus compañeros de estudios, que conocían sus ideas respecto a los proyectos de Traoll, se alejaron de él como de un apestado. Las autoridades no se metieron con Nurok, tal vez porque consideraron que era demasiado joven y aún recuperable para la sociedad. No le dieron la menor importancia.

Pero Nurok se dijo que habían cometido un error. Después de permanecer tres días rumiando su venganza, consiguió alcanzar el suficiente equilibrio psíquico para volver a enfrentarse a los deberes cotidianos. Se presentó en las clases como si nada hubiera ocurrido. Los primeros días, sus compañeros le miraron con curiosidad, pero pronto dejaron de hacerlo cuando se convencieron de que Nurok no parecía tan estúpido como creían, pensando que había olvidado sus devaneos políticos al lado del Maestro Traoll.

Nurok sabía que era vigilado por las autoridades, pero también consiguió engañar a éstas, después de cierto tiempo, en los que cuidó su comportamiento, dedicándose de pleno al estudio y consiguiendo las mejores calificaciones de su grupo. Poco tiempo después estaba seguro de que su expediente había sido destruido y era considerado como un ciudadano responsable, cuidadoso de las leyes. Pero le hicieron la última prueba. Nurok la estaba esperando y no fue cogido por sorpresa.

Un día le llamaron para presentarle una comisión de rills, que deseaban conocer los medios educativos de la universidad. Nurok había previsto algo semejante y se había mentalizado para poder soportar la presencia de aquellos seres a los que tanto odiaba, por el simple hecho de que su maestro Traoll los odiaba.

Los rills no eran tan altos como los attolitas, estaban casi totalmente desprovistos de pelo, de cabeza pequeña y manos y piernas más largas. Pero eran poderosos. Milenios antes, habían estado a punto de destruir a los attolitas. Aunque el gobierno de Attol decía que eran sus amigos ahora, Nurok no los consideraba como tales porque Traoll le había explicado que los rills sólo merecían ser exterminados.

Nurok aceptó, aparentemente encantado, la orden de mostrar a los invitados rills las instalaciones. Cumplió tan a la perfección con su cometido, que sus superiores no tuvieron más remedio que enviar un informe a las autoridades, asegurando que Nurok estaba curado.

Nurok terminó con brillantez sus estudios y obtuvo rápidamente un puesto de responsabilidad en la misma universidad. Era lo que deseaba. Como profesor adjunto, tenía pleno acceso a los laboratorios, y disponía de medios para desarrollar planes impunemente.

Se preocupó los primeros años de presentar los resultados de sus trabajos. Perfeccionó algunos medios técnicos en el campo de las comunicaciones y escribió algunos trabajos sobre la explotación científica de mundos nuevos que merecieron los más encendidos

elogios de sus superiores. La universidad le extendió el crédito y no volvieron a fiscalizar sus trabajos. Nurok pudo trabajar con plena tranquilidad en sus proyectos.

Su plan estaba en buen camino.

Nurok tenía planificado los diversos ciclos en los cuales podría localizar la nave que servía de cárcel a Traoll. Sencillamente, quería localizarle, rescatar a su maestro y regresarle en secreto a Attol. Ya tenía previsto un buen refugio para él, en donde los dos podrían trabajar incansablemente hasta lograr los objetivos finales de los grandes proyectos de Traoll.

Solamente la idea de que algún accidente inesperado hubiera provocado la muerte de su maestro, inquietaba a Nurok. La técnica que tenía que desarrollar para localizar la nave-cárcel de Traoll era complicada, pero estaba seguro de poder conseguirlo.

Cuando estaba a punto de concluir sus trabajos, recibió el aviso de que alguien quería verle urgentemente. Nurok estuvo tentado de contestar al ayudante que no estaba para nadie, pero como nunca recibía visitas que no fueran las oficiales, se sintió intrigado y consintió en ver al desconocido.

Un attolita, de edad parecida a la suya, se presentó. Vestía con elegancia y Nurok pronto le reconoció. Se llamaba Ercus y había sido compañero suyo de estudios... y también un seguidor de Traoll, pero cuando el maestro fue detenido, se apresuró a quitarse de en medio. En seguida, Nurok sintió una profunda aversión hacia Ercus.

Contuvo sus deseos de expulsar a Ercus de su despacho. Simuló no recordarle y le rogó que se sentase.

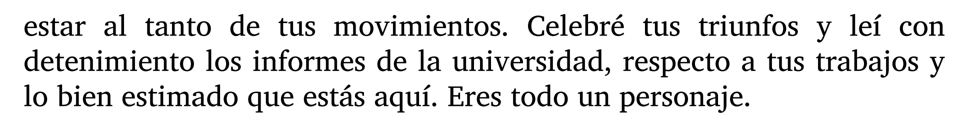
Ercus lo hizo, recogiendo con elegancia su largo rabo, que pasó por encima de su regazo para dejarlo caer al suelo, delante de sus patas. Aceptó con una sonrisa la taza de infusión aromática que le sirvió Nurok. Después de sorber un trago, dijo:

—Ha pasado mucho tiempo, Nurok; sin embargo, yo siempre te he tenido presente.

Nurok se limitó a entrecerrar los párpados. No quería todavía demostrar si había reconocido o no a Ercus. Con su silencio, le invitó a que continuase hablando.

Así lo entendió el visitante, quien siguió:

—He seguido con atención tus pasos, Nurok. Siempre procuré


estar al tanto de tus movimientos. Celebré tus triunfos y leí con detenimiento los informes de la universidad, respecto a tus trabajos y lo bien estimado que estás aquí. Eres todo un personaje.

—Creo recordarte ya, Ercus. Pero, ¿por qué no has venido a verme antes?

—Esperaba el momento adecuado.

—¿Y ese momento es éste?

—Sí.

—Te anticipo que tu presencia no me alegra nada.

—Lo suponía. Comprendo que me odies un poco. Tú fuiste el único del grupo de seguidores del maestro Traoll que intentó defenderle, que no le repudió.

—Así es. Y me sentí orgulloso de mi lealtad.

—Tuviste razón para odiarnos a todos. Pero algunos no repudiamos a Traoll; simplemente nos limitamos a apartarnos de la escena. Y eso fue lo mejor. Creo que has pecado de egoísta.

—¿Por qué?

—Pensaste que eras el único que sintió el destierro de Traoll. Sin embargo, fuiste lo suficientemente inteligente como para demostrar sumisión a las autoridades y hacerles creer que estabas arrepentido por haber seguido las directrices políticas de Traoll.

—¿Qué te hace suponer que he estado fingiendo? —Nurok se puso en guardia. ¿Acaso Ercus era un enviado de las autoridades para una nueva prueba? ¿Es que aún no estaban convencidos de su lealtad hacia ellos?

—Porque yo también fingí, amigo mío.

Después de un largo silencio, Nurok se atrevió a decir:

—Me gustaría creerte.

—Debes hacerlo. Y también a otros compañeros que hicieron lo mismo que tú y que yo. Es cierto que la mayoría se asustó y olvidó pronto las enseñanzas de Traoll, pero ésos son unos miserables que algún día serán castigados.

—¿Algún día?

—Sí. Traoll plantó la semilla. Quienes piensan que sus palabras cayeron en el vacío, están muy equivocados o ciegos. Mientras tú simulabas haber olvidado a Traoll y te enfrascabas en tus estudios científicos, yo, estuve reuniendo a los fieles del maestro. Al tiempo que tú engañabas a tus superiores, haciéndoles creer que sólo trabajabas para la universidad, nosotros también actuábamos y sabíamos, además, que tus verdaderas investigaciones las llevabas muy en secreto.

Nurok se incorporó de un salto, y miró furioso a Ercus.

—¿Qué sabes tú de mis investigaciones?

—Cálmate, mi amigo Nurok —sonrió Ercus—. No temas nada de mí, ni de nuestros antiguos compañeros. ¿Es que temes que te delatemos a las autoridades, que no seamos fieles a la memoria de Traoll? Olvida esas tonterías. Desde hace años averiguamos que estás desarrollando una técnica muy complicada para localizar la nave en donde Traoll fue desterrado de nuestro amado planeta.

Resoplando, Nurok se dejó caer al sillón. Aún estaba nervioso, cuando pudo preguntar:

—Está bien, te creo. Pero quiero saber cómo os habéis enterado.

—También nosotros hemos aprovechado bien este tiempo transcurrido desde que Traoll fue detenido, juzgado y desterrado. Con astucia nos hemos introducido en puestos claves de la administración. Uno de los nuestros pertenece al comité económico de esta universidad. En realidad, si no hubiera sido por él, tú estarías ahora en un grave aprieto.

—No entiendo…

—En tu afán de acelerar las investigaciones privadas, no has tenido en cuenta los cuantiosos gastos que has hecho, y que nunca hubieras podido justificar. Nuestro común amigo se encargó de modificar las cuentas del computador. Las falseó, enviando los gastos de tu laboratorio a otros departamentos. No temas. Todo está controlado. Así, comprenderás que nos fue fácil descubrir tus verdaderas intenciones. Nos sentimos contentos y te seguimos protegiendo, confiando en que llegara el día que todos pudiéramos usar tu descubrimiento.

La ira de Nurok desapareció para dejar paso al más completo estupor.

—No sé qué decir.

—No es necesario que nos agradezcas nada, amigo. Tu causa es la nuestra.

—Pero me hubiera gustado saber que no estaba solo, que no todo el grupo de acólitos del maestro eran traidores y cobardes.

—Pensamos decírtelo, pero optamos por callar y dejarte trabajar tranquilamente, sin apresuramientos.

Nurok se restregó sus dedos largos y brillantes.

—Entonces, ¿qué ha sucedido para que ahora te presentes a mí y me cuentes todo eso?

Por primera vez desde que lo tenía delante, Nurok vio que las facciones de Ercus se ensombrecían.

—No es preciso que dediques más de tu preciado tiempo a un proyecto que de nada puede servirnos.

Ercus dejó sobre una mesita la taza y paseó por la estancia hasta detenerse delante de la ventana. Miró la ciudad que se extendía bajo ellos, hasta el horizonte por donde se ocultaba el sol.

—Por favor, habla —dijo Nurok.

—Nuestro maestro Traoll nunca se dio por vencido, Nurok. Ya conoces las características de la nave en la que fue confinado. Después de algún tiempo de constante aceleración, de viajar miles de millones de años luz por los espacios desconocidos, los motores se detuvieron. Traoll debía vivir hasta el resto de su vida en medio de aquellas paredes de acero, sin tener la más mínima oportunidad de volver a pisar otro planeta. Ni siquiera el Gran Juez, el gobierno o los rills podían predecir el lugar donde deambularía, a reducida velocidad, sólo la suficiente para escapar de la atracción de soles o planetas. Pero Traoll aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para escapar de aquella cárcel de acero. Una extraña nave se le acercó y...

—Perdona, Ercus, pero no puedo seguir escuchándote si antes no me dices cómo sabes todas estas cosas.

—Uno de los nuestros ejerce un puesto de mucha confianza en la Embajada rill de esta ciudad. Se arriesgó a ser descubierto para interceptar los mensajes de los gobernantes attolitas y rills. Pero mereció la pena.

—Nada ha sido comunicado al pueblo.

—Hace ya más de cien años que Traoll fue deportado, amigo mío. La mayor parte de los pueblos de Attol y Rill han olvidado a Traoll. ¿Para qué volver a traerles a la memoria aquel suceso? Los rills son poderosos, más que nosotros, me temo, pero no desean la guerra que consiguieron proscribir hace milenios, después de vencemos, expulsarnos de nuestros planetas madre y confinarnos a otros que ellos designaron. Y nuestros gobernantes son unos cobardes que no saben lo que es la dignidad, el honor de nuestra raza pisoteada, a pesar de que Traoll gastó años de su vida en intentar convencerles que la única raza con derecho a dominio estelar es la nuestra, la múrida. Los lampiños rills sólo son unos usurpadores que…

—Está bien, Ercus. No es necesario que me recuerdes los pensamientos de Traoll. Siempre los tengo bien presentes. Por favor, sigue con tu relato. Deseo saber qué le pasó a nuestro maestro.

Ercus volvió a sentarse. Sus ojos brillaban cuando reanudó el relato.

CAPÍTULO II

—Algún día, confiemos, todo el pueblo Attol podrá conocer la epopeya de nuestro jefe Traoll —dijo Ercus, con entusiasmo—. Mas para ello, nosotros, Nurok, tenemos que actuar con presteza y decisión.

»Como te dije, Traoll abandonó su cárcel y utilizando una pequeña nave que capturó, consiguió descender en un planeta de características similares al nuestro. Pero no debo dejar de decirte que logró aquello porque un navío desconocido se acercó a su unidad errante. Los seres que la tripulaban eran iguales a los rills. Traoll los mató. Como no podía manejar por sí solo la nave conquistada, se decidió por una pequeña que había como salvavidas.

»Estaba cerca de un planeta y no le costó mucho esfuerzo aterrizar en él sin novedad. Sólo una mente equilibrada como la de nuestro maestro pudo sobreponerse al descubrir que en aquel planeta seres semejantes a los rills eran los dueños, mientras que los múridos eran seres salvajes, que se alimentaban en los campos como alimañas. "

»Sí, Nurok. Es como debes pensarlo. También en aquel planeta los odiados enemigos, semejantes a rills, se habían anticipado al desarrollo lógico de nuestros hermanos de raza. Habían llegado allí como colonos para apoderarse del planeta e impedir que los milenios permitieran a los múridos evolucionar hasta alcanzar un mayor desarrollo intelectual, formar una civilización, al tiempo que adquirían más altura.

»Sencillamente, se repetía la historia de nuestra raza, oprimida por los rills. Traoll había sido despojado por las autoridades de todos los registros de su trabajo, de todas sus notas; pero no pudieron quitarle de la mente sus proyectos y datos más esenciales.

»Durante mucho tiempo trabajó solitario y procurando no ser descubierto. Robó materiales de las granjas humanas y fue construyendo su imperio bajo tierra, en las cavernas que halló. Después de ímprobos esfuerzos, pudo construir un acelerador evolutivo. Capturó múridos salvajes y enanos, y los sometió a la máquina. Los fracasos no le desanimaron y continuó estudiando, hasta que obtuvo resultados positivos. Aunque al principio los seres evolucionados artificialmente no eran muy inteligentes y únicamente

podía usarlos para tareas sencillas, obtuvo la adecuada ayuda para seguir robando materiales.

»Los siguientes múridos tratados con el evolucionador eran más inteligentes y cooperaron en mayor grado hasta que consiguió formar un ejército de ayudantes primero y luego formar divisiones armadas.

»Traoll ya conocía lo bastante del planeta, que los humanos llamaban Ompya, para poder trazar un plan de lucha que le llevara a su conquista. Los humanos apenas disponían de otra fuerza armada que algunas docenas de soldados, ya que eminentemente agrícola y careciendo de industria pesada, se dedicaban a proveer de alimentos a otros planetas muy distantes de él. Cada seis meses estaba aislado porque sólo usaban naves de alcance planetario. En ese punto fue donde Traoll tuvo su único error. Creyó que los nativos humanos no conocían los viajes por el espacio estelar instantáneo y decidió comenzar el ataque.

»El plan de Traoll era ir aniquilando las granjas humanas, cercar las ciudades, mediante el terror. Sus soldados no se dejaban ver. Usaban sus afiladas garras para matar porque Traoll aún no quería revelar que disponía de armamento suficiente para lanzarse a un ataque total.

»Los humanos estaban desconcertados ante aquel invisible enemigo surgido inesperadamente en un mundo que hasta entonces nunca había sido peligroso para ellos. Tal vez Traoll intentó producirles tanto pánico que les obligara a abandonar el planeta. Pero no previo que en pocas semanas llegara a Ompya un navío armado, poderoso y capaz de viajar por el hiperespacio. Aquello le desconcertó. Prestó más atención a la detección de mensajes entre el recién llegado navío y su lejana base. Se enteró que procedía de una lejana constelación que, a su vez, estaba gobernada por un distanciado planeta llamado Tierra, regidora de un vasto imperio, habitado casi exclusivamente por humanos.

»Todos aquellos conocimientos le obligaron a modificar sus planes. La presencia de la poderosa nave le impulsó a atacar de inmediato. Como el planeta se hallaba en un período de alejamiento de los más cercanos, sorprendió a los humanos, e inutilizó la nave de guerra, dejándola incapacitada para despegar, e incluso enviar mensajes instantáneos.

»Ya la guerra entre los evolucionados múridos, capitaneados por Traoll, y los humanos era abierta. Antes que los ejércitos de Traoll iniciaran el ataque, los humanos abandonaron sus pequeñas ciudades

y enclaves agrícolas para refugiarse en la mayor de las urbes, protegida por el navío de guerra.

»En pleno ataque, cuando Traoll conminó a los humano a rendirse y someterse a su voluntad, el jefe de los humanos pidió tiempo. Ya habían sufrido un duro ataque por parte de los múridos evolucionados y Traoll estaba seguro de que sus defensas no podían resistir por mucho tiempo el constante ataque.

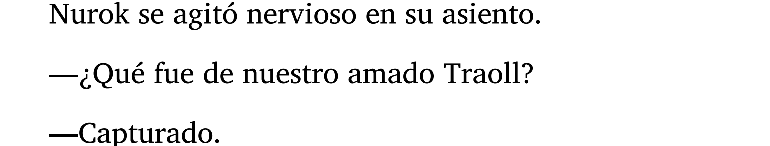
»Traoll quería aprovechar los meses de aislamiento del planeta para convertir al resto de millones de múridos salvajes en fieles soldados, construir una flota gigantesca y regresar a Attol. Sabía que incluso los indecisos o sus más acérrimos detractores tendrían que rendirse a la evidencia, a su llegada. Todos los attolitas deberían admitir que Traoll tenía razón, al asegurar que nuestra raza es muy superior a la Rill.

—Disculpa que te interrumpa, Ercus. ¿No es imposible pensar que Traoll pudiera conseguir tanto, en tan poco tiempo?

—Por eso no quería aniquilar a los humanos de Ompya. Tenía que servirse de ellos, convirtiéndolos en sus esclavos para que trabajasen sin descanso para él. Si acudía ayuda antes de terminar la flota y perfilar el ejército, los millones de humanos le servirían de garantía para no ser atacado. En todo caso, podría conservar el planeta en su poder dejando un fuerte destacamento para impedir que el enemigo lo invadiese. En último recurso, podía destruirlo después de que él, al mando de la flota, emprendiese el regreso a Attol, dejando a los humanos que acudiesen en su ayuda chasqueados. Tenía la intención de regresar a aquella zona de la metagalaxia más tarde, después de ser dueño de Attol y someter a los rills a la condición de esclavos.

—Una empresa grandiosa, digna de nuestro maestro —musitó Nurok.

—Así es. Pero los rills y nuestros cobardes gobernantes aún disponían de una baza. En la cárcel de Traoll, colocaron una alarma que incluso Traoll ignoró. Los humanos hacía tiempo que habían descubierto la cárcel de nuestro jefe y la llevaron a Ompya, en donde la estudiaron infructuosamente. Pero antes de agotarse el tiempo que otorgó Traoll para la rendición de los humanos, uno de ellos puso en funcionamiento la alarma. Así, cuando Traoll estaba a punto de ordenar el ataque final o recibir la rendición de los sitiados, las flotas de Attol y Rill se presentaron sobre sus ejércitos y los destruyeron en un abrir y cerrar de ojos.



Nurok se agitó nervioso en su asiento.

—¿Qué fue de nuestro amado Traoll?

—Capturado.

—Y… ¿ejecutado?

—Ya conoces nuestras leyes. Las autoridades no pueden condenar a muerte a ningún attolita. Creo que los rills están presionando ahora…

—Entonces… ¿Vive nuestro jefe?

—Pensamos que sí. Pero no nos adelantemos, Nurok. Tenemos que aprender la lección. Incluso Traoll fue engañado por la previsión de las autoridades que le confinaron en aquella nave. El dispositivo que destruyeron los humanos no era sino un señalizador. La nave desde que Traoll la abandonó, emitió la señal de peligro. Las naves de guerra de Rill y Attol recorrían los espacios aguardando la clave para saber a qué punto de la metagalaxia dirigirse. Cuando la obtuvieron ya sólo precisaron de unos instantes para presentarse sobre los hasta entonces ejércitos victoriosos de Traoll y destruirlos en unos segundos.

—Pero dime dónde se encuentra ahora Traoll.

—Nuestro contacto en la embajada rill no ha podido averiguarlo. Es alto secreto incluso para muchos dirigentes rills y attolitas. Pero deducirnos que se encuentra en algún lugar entre los planetas de ambas razas, custodiado severamente. Sabemos, sin embargo, que en estos momentos se está discutiendo la suerte de Traoll.

—¡Oh, dioses! —gimió Nurok, debatiéndose en su sillón—. Y nosotros sin poder hacer nada.

—Todo lo contrario, Nurok. Nosotros sí podemos hacer algo y lo haremos.

—No sé cómo. Todo mi trabajo de tantos años no me sirve para nada. Unos cálculos más y tendría en mis manos el secreto de poder encontrar la nave en donde fue expulsado Traoll.

—Tienes razón. Controlábamos tus trabajos y sabíamos que estabas muy cerca de obtener el éxito que ansiabas. Pero aún puede servirnos, amigo.

—¿Cómo? Estoy seguro de que Traoll será ejecutado esta vez. Los rills no querrán correr un nuevo riesgo…

—Confiamos, de todas formas, en que las costumbres atávicas de los dirigentes pesen aún demasiado en sus decisiones.

—Yo no estaría tan seguro de que se conformen en desterrarle nuevamente bajo las condiciones anteriores. Si así fuera podríamos rescatarle en unos días, Ercus. Con vuestra ayuda terminaríamos mi trabajo, instalaríamos los aparatos en una nave y tendríamos a Traoll ante nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Ercus sonrió débilmente.

—Tus logros en los campos espacio-temporales son sorprendentes, amigo. Tanto o más que los que Traoll obtuvo con su acelerador evolutivo. El estaría orgulloso de ti, como nosotros lo estamos.

—No uses esos halagos en mí, por todos los dioses de la venganza. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Esperar. Tener paciencia. No cometer ninguna imprudencia. En unas horas o días, según tarden en decidirse los dirigentes rills y attolitas, nuestro enlace en la embajada nos informará. De todas formas, será conveniente que aceleres tus trabajos. Lamentablemente, no podremos ayudarte todo lo que quisiéramos o despertaríamos, sospechas.

Nurok asintió vigorosamente.

—No os defraudaré, amigo Ercus. El dispositivo capaz de alcanzar una nave superlumínica, en cualquier punto del universo, aunque se ignoren sus coordenadas de partida y destino, estará listo.

—Asegúrate de no cometer ningún error —dijo Ercus preocupado —. Nadie hasta ahora ha intentado algo semejante. La teoría de viajar por el espacio y el tiempo a la vez es muy antigua, pero los que lo intentaron desaparecieron.

Nurok se estiró y dijo con orgullo:

—Yo estoy seguro de encontrarme en el camino correcto. Mi invención no serviría de nada si no estuviera firmemente conectada con un medio eficaz para detectar el rastro de una nave determinada.

—Bien. Nos pondremos en contacto contigo tan pronto sea preciso.

—Así lo espero. ¡Y ojalá no tengamos que arrepentimos de ser tan precavidos como tú deseas!

Se abrazaron y Ercus salió de la estancia.

Nurok sólo quedóse sumido en sus pensamientos unos segundos. En seguida, regresó al laboratorio. En sus ojos brillaba una singular y determinante decisión.

CAPÍTULO III

El gran juez era el mismo que cien años antes había sentenciado a Traoll al destierro. Ya era viejo cuando lo hizo. Su ancianidad actual, empero, no había mermado sus facultades mentales. Seguía siendo el mejor magistrado de Attol y por tal fue requerido a presidir la reunión de altos dirigentes attolitas y rills en aquella alejada e ignota base conjunta, apenas conocida por ambos pueblos y estimada por el reducido número que había oído hablar alguna vez de ella como un observatorio científico. En realidad alojaba flotas de guerra de las dos razas.

Cuando llegó transportado desde su planeta en una nave fletada para él especialmente, una veintena de attolitas y otros tantos rills le esperaban Todavía no sabía la causa de aquella extraña cita, pero cuando descubrió a los jerarcas máximos de Attol y Rill temió que lo peor para la convivencia de ambas civilizaciones hubiera ocurrido.

Nunca pudo haberse imaginado la realidad.

An-Gena, Jerarca de Rill, le expuso la situación brevemente.

El pelaje del gran juez, que aún era espeso y de brillante color gris cuando juzgó a Traoll, parecía más deslucido que nunca, después de escuchar de los humanos labios de An-Gena el relato.

Al lado del humano, el voluminoso cuerpo del rato Prouth, Jerarca de Attol, añadió gravemente:

—Tu sentencia entonces fue justa, gran juez. Tanto los rills como nosotros estuvimos de acuerdo con ella porque se ajustaba a las leyes comunes de ambas razas. Pero los hechos nos han demostrado que sólo conseguimos demorar el peligro existente. Traoll no se dio por vencido y puso en grave peligro una raza lejana totalmente inocente. Por suerte, pudimos llegar a tiempo e impedir una gran matanza, aparte de frustrar los planes de Attol de llevar la desdicha a nuestro mundo, enturbiar las mentes de nuestros jóvenes, con sus absurdas pretensiones vengadoras y terminar combatiendo a nuestros hermanos humanos rills. Ahora, cien años después, volvemos a pedir de tu sabiduría que nos ayudes.

El gran juez abatió su vieja cabeza.

—¿Qué puedo hacer yo? No puedo olvidarme de las leyes a las

que aludes, Jerarca. Sé que quisieras oír de mis labios unas frases definitivas que aparten de vuestros pensamientos las preocupaciones que os aturden. ¿Tengo que desoír lo que durante tantos años siempre escuché fielmente para ser lo más justo posible y decir que sí, que tenéis razón y podéis acabar con la vida de un semejante nuestro?

Miró a los jerarcas y luego a los ayudantes de éstos, rills y attolitas. An-Gena apartó la mirada del anciano múrido y Pruoth buscó la ayuda de su colega humano.

El anciano observó compasivamente a los mandatarios. Hubiera deseado hacer caer sobre su conciencia lo que aquellos seres no querían para sí, decirles que podían matar a Traoll, incinerar su cuerpo y esparcir las cenizas a través de cien años luz por el espacio. Pero le quedaban pocos años de vida y no quería ni podía enturbiar toda una larga existencia inmaculada al servicio de la estricta justicia.

—Queremos que nos diga si existe alguna posibilidad de… acabar con el peligro que para todos representa Traoll —dijo An-Gena. El gran juez comprendió que el humano no se atrevía ni siquiera a pronunciar la palabra ejecución.

—¿Legalmente quiere decir, Jerarca An-Gena?

—Desde luego. Es posible que exista alguna ley o argucia legal. Queremos hacerlo dentro de la ley.

—Para eso no era necesario traerme aquí. Una computadora de derecho os hubiera podido satisfacer en vuestras pretensiones.

El humano se puso colorado y los ojos del múrido Prouth se tornaron vidriosos.

—Ya lo hicimos —dijo este último—. La respuesta fue negativa.

—¿Acaso yo puedo tener almacenados en mi mente más datos que una computadora? —dijo el gran juez, irritado.

—La computadora sólo puede emitir un juicio positivo o negativo —dijo An-Gena—. Para ella no existen términos medios ni una salida que se acomode a nuestros deseos gran juez. Pero confiamos en que alguna ley pueda ser interpretada de forma sutil.

—El único medio que conozco es modificar la ley que prohíbe matar a un semejante nuestro —replicó el anciano gravemente.

—No podemos modificar las leyes —protestó Prouth.

—¿Por qué no? Si deseáis que las leyes se acomoden a vuestras pretensiones no hay otra alternativa. ¿Por qué no derogar la ley, implantar la pena capital sólo por el tiempo preciso para desintegrar a Traoll? Luego, puede volver a ser anulada la mueva disposición y regresar a la anterior.

An-Gena se mordió los labios. Captaba la ironía en las palabras del gran juez attolita. Como jerarca humano tenía que medir bien sus palabras para evitar ofender a los attolitas. Pero tenía, que reconocer que el anciano tenía toda la razón. No se pueden alterar las leyes a capricho. Desde hacía siglos no se hacía.

—Sería una eficaz medida resolutiva, gran juez —dijo Prouth—. Pero para modificar una ley básica sería preciso convocar al Gran Consejo.

—Sí, ése es el medio. ¿Es que temes que no lo aprueben?

—No tengo la menor duda. Pero entonces se enteraría el pueblo.

—¿De qué se enteraría?

—De que Traoll está de nuevo con nosotros.

—¿Es que no pensáis dar la noticia a los dos pueblos?

—De ninguna manera —intervino An-Gena.

—Esta medida es anormal...

—Sí, pero a esa conclusión hemos llegado todos los presentes unánimemente. Aún pueden quedar rescoldos de la campaña de captación que organizó Traoll hace cien años y que nosotros abortamos a tiempo. La gente podría mirarnos como a dictadores... y no queremos eso. Además, los attolitas podrían pensar que nosotros, los rills, influimos para que el jerarca y las autoridades de Attol accedieran a consentir la ejecución. La situación podría hacerse difícil.

El gran juez asintió.

—Voy comprendiendo. Sí, la situación es difícil —después de un breve silencio, añadió—: De todas formas, si el pueblo no va a enterarse de la presencia de Traoll, no veo nada que impida que vosotros eliminéis a éste en secreto —y terminó emitiendo una sonrisa.

Todos sus oyentes se miraron entre sí, consternados. ¿Acaso aquel anciano acusaba el paso de los años inesperadamente?, se

preguntaron.

—No queremos difundir ahora, en estos momentos, la noticia, gran juez —dijo lentamente Prouth—. Pero pensamos hacerlo más adelante, cuando los hechos estén consumados y entonces podamos asegurar a los pueblos que es totalmente imposible un nuevo regreso de Traoll o que siga siendo una amenaza para nuestra paz. Por lo tanto, para cuando llegue el momento, attolitas y rills deberán estar convencidos de que actuamos con justicia, no arbitrariamente, sin subterfugios.

—Ruego me disculpéis. Los años me han convertido en un poco escéptico —dijo el gran juez—. Pero por un momento temí que os estuvieseis apartando de nuestra justa actuación, los dos pueblos hermanados, durante tantos siglos. Tenéis razón. Tenemos que pensar en una solución que se adapte a nuestras costumbres y que a la vez anule de una vez por todas la influencia nefasta de Traoll.

—Exactamente, gran juez —admitió An-Gena, complacido.

—¿Dónde está Traoll?

—¿Deseáis verle, gran juez?

—Si es posible…

An-Gena hizo una indicación y uno de sus ayudantes se dirigió hacia la desnuda pared de la izquierda del anciano. El muro metálico se tornó cristalino y luego se formaron unas imágenes en él. Vieron cómo un bello ejemplar de rata yacía desnudo sobre una mesa de brillante piedra. Parecía que el ser estaba muerto o dormido profundamente. Después de unos instantes de observarle, el gran juez observó una acompasada respiración agitarse en su voluminoso tronco. A través de la dilatada nebulosa de sus actuaciones como jurista, nunca podría olvidar aquel rostro altanero que un día se le, enfrentó y que condenó al destierro. Traoll era ya un múrido adulto, en el camino medio de su vida. Aún podría vivir mucho, lo que significaba que, de dejarle con vida, el peligro cerniente sobre las razas, podría ser dilatado.

Pero no podían matarle, si querían evitar sentirse sucios por el resto de sus vidas.

—Lo trajimos en animación suspendida desde el lejano planeta donde estaba proyectando invadirnos —explicó An-Gena—. Sondeamos su mente para esclarecer los hechos y enterarnos de lo que le sucedió desde que le hicimos partir. Pero no quisimos correr el

riesgo de hablarle. Es muy peligroso.

—¿Por qué no dejarle así? —preguntó el gran juez—. No hay nada que nos obligue a volver a despertarle.

—Ya lo pensamos. Eso sería correr el riesgo de que existan seguidores suyos ocultos en el anonimato, que se enteren y organicen una expedición para retomarle a la vida activa. Tenerle en animación suspendida indefinidamente supondría prolongar la vida a Traoll, convirtiendo el peligro en una eternidad.

—Pero la animación suspendida tiene un límite…

—Ponerle un límite a su estado sería tanto como programar su muerte a plazo fijo —dijo An-Gena—. Equivaldría a una ejecución que verían nuestros hijos o nietos, según decidiésemos el límite de conservación de sus células.

—Quise saber si, poniendo todos los medios científicos disponibles a su servicio, no se conoce un límite de supervivencia.

An-Gena entornó lo ojos.

—Puede que vayamos por buen camino. Le capto su sugerencia, gran juez. ¿Quiere decir que pongamos todos los medios a nuestro alcance para que la mente de Traoll y su cuerpo supervivan hasta el límite que nuestros científicos puedan hacer posible?

—Sí.

Un múrido que vestía la toga amarilla de los científicos, se adelantó y dijo:

—Nuestra ciencia asegura una supervivencia de veinte mil años. Aunque hasta ahora, en ningún caso hemos podido llevarlo a la práctica, como es fácil de suponer, podemos garantizar un período de tiempo semejante.

—Pero eso supondría prolongar el peligro durante doscientos siglos —protestó Prouth—. Es arriesgado. En tan dilatado espacio de tiempo, podrían suceder muchas cosas.

—Sí. Y nosotros queremos estar seguros esta vez. No podemos desaprovechar esta segunda oportunidad —puntualizó An-Gena.

El científico que antes facilitó el dato, volvió a hablar:

—Aunque aún no está perfeccionado, nuestros colegas rills

disponen de un medio eficaz que hace factible un sistema parecido. Ya que el peligro radica en el tiempo y el lugar, propongo que se elija una galaxia muy lejana, escogida al azar, y que se vaya a ella a un pasado situado a unos doscientos siglos. Tenemos que escoger un planeta joven, inhabitado. Una vez en él, seleccionar un lugar que no sufra alteraciones ecológicas ni sísmicas para que la cripta perdure hasta nuestros días. En realidad, sabríamos dentro de unos días si los aparatos que mantenían a Traoll con vida dejaron de funcionar por agotamiento lógico o no.

—¿Cómo lo sabríamos?

—Muy sencillo. La misma expedición que se posó en ese planeta rompería las coordenadas secretas, mantenidas en secreto, y regresaría para comprobar si la cripta siempre permaneció sellada. La respuesta la tendríamos apenas unos días después que la expedición viajase al tiempo y al espacio. O sea, digamos dentro de dos meses. Necesitamos unos cuarenta días para prepararlo todo.

—No sabía nada de las investigaciones acerca de los viajes por el tiempo y el espacio simultáneamente —musitó el gran juez.

—Se trata de una vieja pretensión de miles de sabios, señor —dijo orgulloso el científico—. Como es natural, estas investigaciones se mantienen en secreto tanto en Attol como en Rill, pero nos transferimos informaciones constantemente. El éxito debe ser imputado tanto a una raza como a otra.

Los rills sonrieron ante la diplomacia del científico múrido.

—Me parece justo el plan —dijo el gran juez.

Los jerarcas cruzaron miradas de complacencia. El humano dijo:

—Entonces, está decidido. Se llamará al plan Proyecto Paz. Trabajaremos en él desde este mismo momento.

—De todas formas no deja de ser una artera forma de ejecución —rezongó el gran juez, quien no podía apartar de sí las últimas dudas que le atormentaban.

—Descanse, juez. Sólo queríamos su aprobación —sonrió An-Gena—. La responsabilidad de alcanzar el éxito depende ahora de nosotros exclusivamente. Nuestras conciencias estarán tranquilas. Y el método permite que el pueblo sea informado antes de lo que pensábamos.

—Sí, es una suerte —admitió el gran juez. Se sentía terriblemente

agotado—. Al fin y al cabo, es una ejecución —se dijo, bajando su rostro para que los demás no descubriesen su preocupación.

CAPÍTULO IV

Ercus siempre le había estado hablando de los componentes del grupo, pero Nurok nunca pudo suponer que su número se limitara a ocho. Con él, eran nueve los que continuaban siendo fieles a las doctrinas de Traoll. Se sintió entristecido ante la pobreza de elementos al principio, pero luego, a medida que los fue conociendo, se sintió más seguro de poder alcanzar los objetivos previstos. Todos eran animosos y firmes en sus convicciones. Poseían elevados intelectos —Traoll siempre se ocupó de que sus discípulos lo fueran, no admitiendo mediocridades— y disfrutaban de amplios medios económicos, a la vez que ejercían cargos públicos o privados de gran importancia y solvencia.

Al grupo no le costó el menor esfuerzo conseguir una moderna nave de traslación estelar casi instantánea. A los dos días de entrevistarse con Ercus, Nurok le volvió a ver para saber que todo estaba dispuesto para llevar adelante la misión.

Sin embargo, Ercus estaba apenado cuando añadió que el compañero que había facilitado los informes secretos procedentes de la embajada rill había sido sorprendido, después de comunicarlos. Prefirió morir antes que delatar a sus compañeros y el caso se cerró como si aquel idealista fuese un vulgar ladrón, ya que para prevenir contingencias de su estancia nocturna en la embajada había dejado claros indicios de que sólo la intención de robar le había llevado allí. Después de los primeros momentos de suspense, los miembros del grupo se sintieron a salvo y prosiguieron con sus planes.

Nurok pidió unas vacaciones que la universidad no dudó en otorgárselas. Incluso el gran rector llevaba tiempo sugiriéndole algo parecido. Los demás miembros que tenían superiores a quienes dar cuenta, inventaron excusas para ausentarse de sus trabajos.

Cada uno actuó con precaución y un día, todos estaban a bordo de la nave adquirida por medio de una sociedad ajena a ellos, pero controlada por Ercus, orbitando a varios años luz de Attol, lejos de los controles detectores de las armadas.

Los dispositivos adicionales y demás elementos inventados por Nurok, quedaron instalados en breve tiempo. En un descanso, comentó a Ercus:

—Es sorprendente que los gobernantes utilicen un medio

semejante al mío para librarse de la presencia de Traoll. Pero resulta divertido que mi invento, igual al de ellos, sirva para deshacer sus intenciones: liberar a nuestro maestro del sueño eterno al que ahora le han condenado.

Estaban todos reunidos. Ercus había sido elegido jefe y se dispuso a exponer los últimos detalles.

—Inicialmente, hemos de atacar la nave que conducirá a los científicos y operarios hasta el planeta desconocido donde piensan dejar el cuerpo inanimado de Traoll. Pero actuando así, corremos el riesgo de matar a nuestro jefe si se defienden. No podemos poner en peligro la existencia, ya precaria de por sí, de Traoll. Por lo tanto, seguiremos el rastro de la nave. Con los medios de Nurok, esto será un juego. Iremos tan lejos que no podrán descubrirnos. Pero nosotros sabremos en todo momento dónde estarán. Tenemos todo el tiempo que queramos. Les permitiremos trabajar, construir la cripta, instalar los aparatos y aún dejarles que regresen a Rill. Entonces, con toda calma, procederemos a desarticular los cierres de la cripta, cuya construcción ya conocemos gracias al sacrificio de nuestro compañero asesinado, al escapar de los guardias de la embajada rill en Attol.

»Para mayor seguridad, como los encargados de conducir a Traoll retrocederán doscientos siglos en el tiempo, nosotros dejaremos pasar unos ciento ochenta antes de actuar.

—Me parece arriesgado —musitó uno de los miembros, llamado Indrell—. Los sistemas de mantenimiento de Traoll pueden averiarse antes del tiempo previsto.

—No. Creo que los jerarcas han querido actuar tan noblemente que incluso rogaron a los científicos que se asegurasen bien del plazo de seguridad. No habrá fallo alguno. Ya he dicho que tenemos doscientos siglos para actuar. En realidad, será igual que nosotros libremos a Traoll apenas le dejen o esperemos hasta el límite de seguridad del completo de mantenimiento. Le devolveremos a la vida con la misma edad fisiológica que tenía cuando le durmieron. Y regresaremos secretamente a Attol, apenas lo hayan hecho los componentes de la expedición ejecutora. No olviden que dominamos el tiempo también.

Seriamente, Nurok dijo:

—No olvidemos que ésta es la primera vez en la larga historia de nuestra raza que violamos la dimensión temporal. Todas son conjeturas, pero las consecuencias de violar el tiempo son

desconocidas para todos.

—Estoy seguro de que mi viejo amigo Nurok no puede tener miedo ahora —rio Ercus.

—De ninguna manera. Sólo quiero que seamos precavidos. Es imposible predecir las consecuencias que pueden derivarse de las alteraciones que introduzcamos en los hechos pasados.

—No serán alteraciones, sino hechos ya ocurridos. Si nosotros conseguimos salvar a Traoll es, sencillamente, porque así debía ocurrir.

—La filosofía temporal es algo tan intangible que es mejor no fiarse de ella. Aún está por escribir.

Ercus asintió. Disentía en algunas cosas de su amigo, pero le tenía en alta estima. Su colaboración había sido necesaria. Tanto o más que el sacrificio del compañero que no dudó en inmolarse, después de facilitarles los proyectos secretos de los jerarcas de las dos razas, cuando se sintió descubierto.

* * *

Los instrumentos ideados por Nurok resultaron eficaces. Descubrieron la nave aliada al partir de la base orbital secreta, la dejaron sumergirse en el hiperespacio primero y luego en la dimensión temporal. Entonces, a una distancia de dos siglos y dos millones de parsecs, la siguieron.

El grupo conocía todos los detalles del plan proyectado por los jerarcas, pero, al igual que ellos, ignoraban el destino que los computadores habían elegido, máquinas que después de disponer las coordenadas espacios temporales en un cilindro sellado, se autodestruirían. Únicamente los jerarcas conocían la clave para la apertura del cilindro, el cual leerían días después del regreso de la expedición para enviar otra que se asegurase de que la cripta había dejado de funcionar y así ocasionar la muerte de Traoll.

Ercus sostuvo nuevas discusiones con sus colaboradores. El plan original de dejar pasar unos siglos antes de rescatar a Traoll de la cripta, tenía sus detractores, que recelaban que los científicos cometiesen un error o, intencionadamente, provocasen una avería que acortase la existencia del múrido sostenido en animación congelada.

Ercus tuvo que ceder a las presiones de la mayoría. Incluso Nurok se oponía a actuar cercano a terminar el plazo de los veinte mil años.

Acabó diciendo que todas las precauciones eran pocas.

El jefe del grupo sólo pudo conseguir que sus compañeros accedieran a dejar pasar un espacio de tiempo prudencial para asegurarse de que la expedición encargada de los trabajos de construcción de la cripta estuviese de regreso a su base.

Nurok estuvo muy ocupado durante los días siguientes. El computador que había trazado el trayecto de la nave de los jerarcas sólo iba desvelando la ruta a medida que avanzaban sobre ella, al tiempo que iban retrocediendo más y más en el tiempo. Dejaron atrás docenas de galaxias, miles de soles y millones de planetas.

—¿Dónde piensan ir estos lacayos de los rills? —masculló Ercus, impacientándose.

—Creo que están añadiendo un índice más de seguridad a su plan —explicó Nurok, pensativo—. Si por alguna remota circunstancia, Traoll consiguiera evadirse de su nueva cárcel, construir al menos una nave de velocidad lumínica tan sólo e iniciar el regreso, tardaría millones de años en recorrer la brutal distancia, que estamos salvando nosotros. Han debido pensar que ya sería una suerte para Traoll conseguir construir en un mundo desolado y desierto una nave lumínica. Esto me preocupa, amigo Ercus.

—¿Qué insinúas?

—Que los científicos de los jerarcas han añadido, me parece, más medidas de seguridad a las que nuestro compañero logró descubrir a cambio de su vida.

—Sobrevaloras a nuestros enemigos, Nurok —replicó Ercus, tratando de quitarle importancia a la cosa, aunque él también empezaba a sentirse preocupado.

Nurok explicó que el viaje no debía haber tardado tanto si la computadora hubiera dispuesto desde el primer momento el punto de destino elegido. Así, algunas veces la nave rill-attolita casi se detenía y dejaba de profundizar en su viaje al pasado, como si tuviese que esperar a recibir nuevas instrucciones. Ellos tenían que hacer lo mismo, sosteniendo las distancias espacio-temporales precisas para no ser descubiertos.

Por fin, cuando los nervios de Nurok estaban llegando a su límite, alcanzaron el planeta elegido.

Se trataba de un mundo joven, de características similares a los

mundos rills o attolitas. La gravedad era la media para ellos tolerable. Existía abundante fauna y lujuriante vegetación. No vieron indicios de ninguna clase de civilización importante.

La nave perseguida descendió sobre un gran continente que nacía en un polo y alcanzaba el otro, separado de las otras masas de tierra por una considerable extensión de agua. Nurok y los suyos espiaban todos los movimientos de sus enemigos a través de potentes telescopios e instrumentos que incluso les permitían escuchar las conversaciones de los humanos y múridos que componían el numeroso grupo de científicos y operarios.

Estos habíanse decidido por una extensa meseta de pétrea solidez; levantaron su campamento y comenzaron a trabajar.

—Tal como me figuraba, colocarán la cripta a una profundidad media —dijo Nurok—. Han hecho estudios y se han asegurado de que la zona no es propensa a los movimientos sísmicos. Siguen al pie de la letra las instrucciones de los jerarcas y el gran juez. No debemos temer que cometan un error voluntario para precipitar el fin de Traoll. Se sienten tan seguros de sí mismos que ni siquiera vigilan el espacio. Apenas si cuidan de que ninguna alimaña se les acerque.

—¿No existe ningún indicio de vida inteligente?

—No, al menos en este continente. Es posible que la vida predestinada a evolucionar se halle en otras tierras, pero nosotros desde aquí no podemos descubrirla. Para eso tendríamos que dejarnos llevar por una órbita de inercia y perder la verticalidad sobre el campamento.

Ercus desechó aquella idea porque no se sentía apenas curioso por la investigación de aquel mundo que nada significaba para él.

Siguieron esperando.

Después de que aquel mundo girara sobre su eje por cincuenta veces, el campamento fue levantado y la nave, con la expedición mixta de rills y attolitas, despegó y se perdió en los espacios.

Indrell, conocedor de que aún permanecerían algún tiempo en órbita fija sobre la vertical de la misma, solicitó permiso de Ercus para, con otro compañero, realizar un viaje de inspección a los restantes continentes del planeta. Ercus sabía que Indrell era un gran conocedor de la ciencia de la evolución de las razas primates y consintió en ello, pero insistiendo en que debían estar allí, como más tarde, el mismo día en que la nave principal descendiese sobre el lugar

donde la expedición de los jerarcas había levantado su campamento. El descenso se haría diez días después.

Indrell partió en un deslizador con su compañero Ocsac, prometiendo que se reunirían en tierra, cuando comenzasen los trabajos de penetración en la cripta.

* * *

Indrell había puesto el piloto automático a su navecilla deslizante. Hacía unos minutos que habían dejado de sobrevolar el mar. Bajo ellos corría vertiginosamente el denso suelo verde formado por los bosques. Regresaban de su expedición de trabajo en los otros continentes e islas mayores del planeta y estaban ansiosos de relatar a sus compañeros los descubrimientos obtenidos.

Tanto Ocsac como él, no regresaban ciertamente contentos. Como investigadores, sí podían estar orgullosos de la labor desarrollada, pero como attolitas eran portadores de desagradables noticias. Pero en realidad no eran tan vitales si pensaban que aquel planeta pronto sería dejado atrás y olvidado para siempre.

Ocsac indicó que estaban apenas a unos segundos de la meseta. Indrell desconectó el automático y pilotó la navecilla con habilidad, haciendo que perdiese velocidad y altura. Las copas de los árboles casi rozaban el brillante fuselaje. Los bosques quedaron atrás y en seguida pudieron ver la gran nave principal brillar al sol, posada orgullosamente en la meseta que se extendía hacia el horizonte, casi plana y ligeramente moteada de verde siendo el ocre su color predominante.

Indrell estaba un poco temeroso al descender. Se habían entretenido demasiado en sus investigaciones y llegaban un día después del plazo fijado por Ercus, quien seguramente les recriminaría su falta de puntualidad Pero él confiaba en aplacarle diciéndole que sus descubrimientos sí habían valido lo bastante para justificar el retraso.

Bajaron del aparato y anduvieron hacia las instalaciones perforadoras. Dos múridos surgieron del gran agujero. Portaban perforadores láser y parecían fatigados. Indrell les interrogó por el trabajo y se sorprendió al recibir una respuesta hosca. Mientras Ocsac se ocupaba de sacar de la navecilla los embalajes con los datos obtenidos, se encaminó hacia el pozo. Antes de llegar a él, cinco ratos, con sus trajes de trabajo sucios y un notable cansancio y desaliento en sus rostros, salían entre la tierra removida. Se dirigían hacia la nave.

Entre ellos estaban Nurok y Ercus. El último gritó a Indrell:

—Reúnete con nosotros en la sala de conferencias. Avisa a Ocsac.

Ninguna mención al retraso. Aquello inquietó a Indrell, en lugar de contentarle. Algo grave debía estar ocurriendo. ¿Por qué estaban todos tan alterados? Avisó a Ocsac y ambos corrieron hacia la nave. En la sala tuvieron que aguardar a que los otros salieran de las duchas, después de quitarse de sus cuerpos la suciedad adquirida en el túnel.

Indrell no se atrevió a preguntar nada. Veía la furia reflejada en la cara de Ercus y la desolación en la de Nurok.

—Esos renegados attolitas y los inmundos rills, tal como temía Nurok, aún disponían de más trampas. Tal vez las idearon después de informar a su embajador en Attol. Debe haber sido así.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Indrell, sin poder contener por más tiempo su curiosidad—. ¿No habéis podido llegar hasta la cripta?

—Oh, claro que sí. Con los perforadores láser no fue muy difícil despejar el cubo de la cripta de las rocas ya removidas. Alcanzamos pronto la entrada. Nurok la estudió y saltaba de alegría cuando reconoció el sistema de cierre. Era un juego para él. Pero por suerte se dio cuenta a tiempo de que el dispositivo disponía de un añadido que nos imposibilita a nosotros, los seres de rata múrida, accionarlo.

—Así es, como dice Ercus —asintió Nurok—. Ni siquiera podemos usar un servomecanismo. El cierre está condicionado para explotar apenas un ente múrido lo toque o accione a distancia. Es algo muy complicado, pero factible de construir.

—¿Cómo lo cerraron nuestros enemigos?

—En sellar la entrada se ocuparon los humanos.

—Han sido pérfidos, terriblemente pérfidos. Los rills han llegado a tal refinamiento en las medidas de seguridad que, para impedir que la cripta pudiera ser algún día descubierta por los servidores de Traoll, construyeron la entrada de forma que sólo un ente humano pueda abrirla. Saben que ningún rill se dejará comprar por múridos para hacerles ese trabajo.

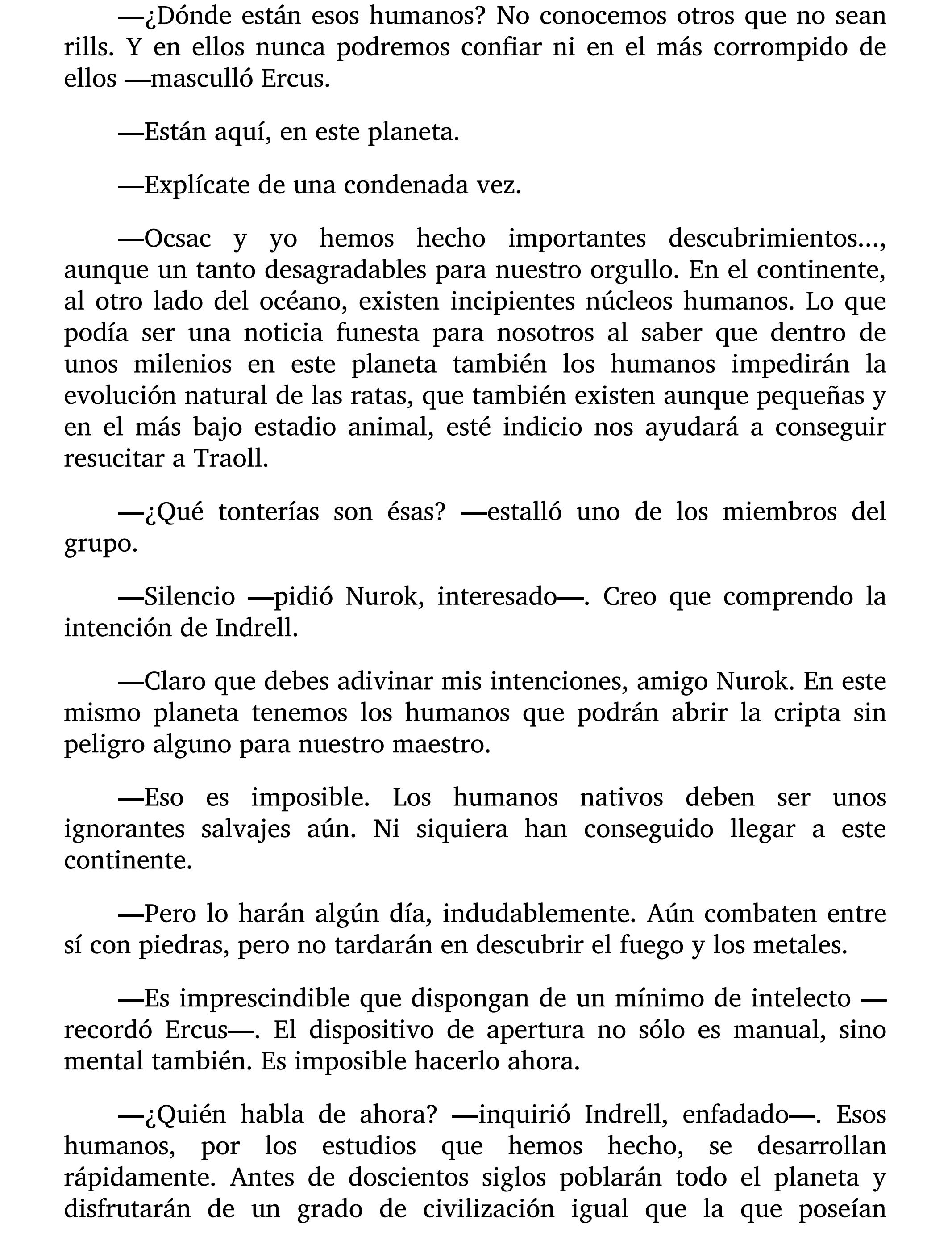
Indrell comprendió pronto la trampa. Golpeó la mesa y de pronto se levantó, exclamando gozoso:

—Creo que pese a todo, a su inteligencia, los rills han cometido un error. Tenemos a nuestro alcance los humanos que precisamos para

abrir la puerta de la cripta.

—¿Estás loco, Indrell?

—De ninguna forma.



—¿Dónde están esos humanos? No conocemos otros que no sean rills. Y en ellos nunca podremos confiar ni en el más corrompido de ellos —masculló Ercus.

—Están aquí, en este planeta.

—Explícate de una condenada vez.

—Ocsac y yo hemos hecho importantes descubrimientos..., aunque un tanto desagradables para nuestro orgullo. En el continente, al otro lado del océano, existen incipientes núcleos humanos. Lo que podía ser una noticia funesta para nosotros al saber que dentro de unos milenios en este planeta también los humanos impedirán la evolución natural de las ratas, que también existen aunque pequeñas y en el más bajo estadio animal, esté indicio nos ayudará a conseguir resucitar a Traoll.

—¿Qué tonterías son ésas? —estalló uno de los miembros del grupo.

—Silencio —pidió Nurok, interesado—. Creo que comprendo la intención de Indrell.

—Claro que debes adivinar mis intenciones, amigo Nurok. En este mismo planeta tenemos los humanos que podrán abrir la cripta sin peligro alguno para nuestro maestro.

—Eso es imposible. Los humanos nativos deben ser unos ignorantes salvajes aún. Ni siquiera han conseguido llegar a este continente.

—Pero lo harán algún día, indudablemente. Aún combaten entre sí con piedras, pero no tardarán en descubrir el fuego y los metales.

—Es imprescindible que dispongan de un mínimo de intelecto —recordó Ercus—. El dispositivo de apertura no sólo es manual, sino mental también. Es imposible hacerlo ahora.

—¿Quién habla de ahora? —inquirió Indrell, enfadado—. Esos humanos, por los estudios que hemos hecho, se desarrollan rápidamente. Antes de doscientos siglos poblarán todo el planeta y disfrutarán de un grado de civilización igual que la que poseían

nuestros antepasados antes de las guerras contra Rill.

—¡No podemos esperar tanto tiempo!

—Ningún tiempo, amigo Ercus. Viajaremos al futuro, a unos ciento cincuenta siglos. Si entonces vemos que aún los humanos no nos sirven, daremos saltos cortos en el tiempo. Recordad que tenemos aún veinte mal años por delante, antes de que las máquinas que mantienen a Traoll en animación dejen de funcionar. Para nosotros, en realidad, apenas serán unas semanas.

Ercus soltó unas atávicas maldiciones y asintió:

—No me gusta, porque lo considero arriesgado, pero me parece que no tenemos otra salida. Estudiemos el plan, perfilémoslo. Si lo perfeccionamos, volveremos a tapar el túnel que practicamos hasta la cripta y saltemos al futuro. Necesitamos la colaboración de un humano, al menos, para abrir la cripta. Que no sea un salvaje, pero tampoco demasiado civilizado. Sí, creo que podremos hacerlo.

CAPÍTULO V

Marcos Martin se aconsejó a sí mismo que no debía perder la calma. Era un sacrificio más que debía hacer. Apenas hacia unos minutos que su avión, procedente de Miami había aterrizado después de permanecer en el aire, sobrevolando el aeropuerto de la capital de Talagua, por espacio de media hora. Dificultades técnicas, había anunciado la azafata a la media docena de pasajeros. Pero al irrumpir en la terminal, todos, cinco norteamericanos y un mexicano, pudieron darse cuenta de cuál había sido la dificultad que produjo la enorme demora. Las dependencias del aeropuerto estaban llenas de soldados armados hasta los dientes. El nerviosismo se captaba rápidamente en todo el personal. Algo debió haber ocurrido allí, momentos antes.

Los aduaneros, además de su nerviosismo, se dirigieron a los pasajeros de forma insolente, como si descargando sobre ellos su enfado se sintiesen más tranquilos.

Marcos entregó su pasaporte, a la vez que señalaba sus dos maletas, situadas al otro lado del mostrador.

—¿Algo que declarar? —preguntó el aduanero, después de mirarle fijamente. Marcos creía adivinar en los ojos del hombre el deseo de preguntarle más cosas que, indudablemente, debían escapar de sus atribuciones.

Por un instante, Marcos estuvo tentado de responderle en inglés, pero optó por hacerlo en castellano:

—Mis maletas sólo contienen objetos de uso personal. Llevo unos paquetes de cigarrillos, afeitadora, máquina fotográfica, calculadora y otras menudencias, útiles de mi profesión.

—Para ser periodista se olvidó de la máquina de escribir —dijo con sorna el aduanero, cogiendo las maletas de Marcos y colocándolas sobre el mostrador—. Ábralas. Veremos qué hay dentro.

Marcos miró de soslayo a sus compañeros de viaje. Todos estaban sufriendo un concienzudo registro. Suspiró y sacó las llaves.

—¿Es usted Marcos Martin?

El aludido se volvió. Un aduanero que lucía los galones de oficial se había acercado. Eran joven y le sonreía ampliamente. Al asentir Marcos, añadió:

—Todo está correcto, señor Martin. Puede tomar sus maletas —ante la mirada contrariada del aduanero, el oficial selló el pasaporte de Marcos, entregándoselo—. Le ruego que me siga, señor.

Marcos tomó las maletas y siguió al oficial que había dado la vuelta al mostrador y se dirigía hacia la salida. Pasaron entre unos soldados que les dejaron el paso libre rápidamente. Fuera del edificio, les esperaba un coche. Frente a él, había un hombre que leía tranquilamente el periódico. Era alto y rubio. Al verles llegar, se guardó los papeles bajo el brazo, sonrió y le tendió la mano a Marcos.

—Hola. Soy Rob Chrimes, ayudante del profesor Alexis Mentiof —luego, al oficial aduanero—: Gracias, amigo. Ha sido usted muy amable.

Marcos observó cómo Rob tendía la mano al oficial y creyó ver cómo el talaguayo se guardaba en el bolsillo unos billetes, sonreía ampliamente bajo su grueso bigote, saludaba y se marchó con rapidez al interior de la terminal.

—Compruebo que no ha desaparecido la tradicional torcida —comentó Marcos, colocando sus maletas sobre los asientos traseros.

—Ya estaba todo arreglado por nuestro embajador, amigo Martin. Pensamos que podía tener usted dificultades y el profesor hizo las gestiones. ¿Nos equivocamos?

Marcos se sentó al lado de Rob, quien puso en marcha el coche y se dirigieron hacia la salida de los aparcamientos del aeropuerto.

—Creo que no. Quien iba a revisarme las maletas se dio cuenta en seguida de que yo nací aquí, aunque mi pasaporte es norteamericano. Aquello debió molestarle mucho y pensaba ponerme en calzoncillos.

—Mentiof tenía noticias de sus trabajos en la prensa y por eso mismo quiso que fuera usted quien estuviera presente en los trabajos. Como persona nacida en Talagua, nos puede ser, además, de inapreciable ayuda.

—¿Tienen problemas?

—No muchos, pero sí los suficientes como para que el trabajo no vaya todo lo rápidamente que quisiéramos. Usted nos ayuda, obtiene un gran reportaje y todos contentos. Además, ¿no agradece esta oportunidad para regresar a su antigua patria?

Marcos se encogió de hombros.

—Mis padres me llevaron a Estados Unidos cuando apenas tenía cinco años. Siempre quisieron que yo sintiera como talaguayo, a pesar de tener ya la nacionalidad americana. Se esforzaron en que hablara castellano con acento talaguayo, tan bien como el inglés. Me resultó difícil contentarles. Murieron sin ver cumplido su deseo de que fuera derrocado el régimen por el cual tuvieron que emigrar.

—¿También usted aborrece al general Ismael Fantos?

—Tal vez por inercia —Marcos sonrió—. Mis padres no habrían permitido que usted llamara general a Fantos. Para ellos seguía siendo sargento, que era el grado que tenía cuando asumió el poder. Dos días después de conseguirlo, se auto ascendió a general. Pero dejemos esto. ¿Qué ha ocurrido en el aeropuerto? Estuvimos media hora sin poder aterrizar.

—Un comando intentó apoderarse del reactor particular del presidente Fantos. Casi lo consiguieron. Pero los federales llegaron justo a tiempo para impedirlo. Cuatro muertos y seis prisioneros.

—Esos seis desgraciados, mejor estarían muertos. Les compadezco —comentó Marcos, moviendo con pesimismo la cabeza. Desde Nueva York seguía paso a paso los acontecimientos del país donde naciera. Lo había hecho siempre, pero durante los últimos años, la lucha contra la tiranía de Fantos se había hecho más intensa. En la capital y otras ciudades de la nación existían guerrillas urbanas, bien organizadas, aunque la más famosa era la de Cosme Maroto, jefe de un pequeño ejército que hostigaba desde hacía dos años a las tropas del presidente general Fantos. Operaba desde las ásperas sierras interiores y su poder y popularidad eran cada día mayores.

—La verdad es que estoy deseando que el profesor termine con su trabajo y nos marchemos de una vez —masculló Rob Chrimes. Había detenido el coche ante un control. Después de mostrar su pase y Martin el pasaporte, reanudaron la marcha, internándose en la carretera que conducía a la capital, Ciudad Fantos, ex Malanguanta.

—Dejemos esto y hablemos un poco del trabajo que llevan a cabo —pidió Marcos, encendiendo un cigarrillo.

—Oh, el profesor me mataría, si yo me anticipase. Quiere ser él quien le cuente la primicia.

Marcos movió la cabeza.

—Únicamente la reputación de Mentiof terminó de convencerme para hacer las maletas y venir aquí. Espero que no me defraudará.

—De ninguna manera, señor Martin. No se sentirá absolutamente defraudado. Eso puedo asegurárselo.

—¿Ninguna pista para que pueda distraerme haciendo conjeturas?

Rob se alzó de hombros.

—Puedo decirle que tal vez encuentre un tema tan bueno que le permita escribir un libro que se venda más que sus dos últimos.

Marcos arrugó el ceño.

—¿Se refiere a mis ideas respecto a los visitantes extraterrestres que expuse en *Los exploradores de nuestro pasado*?

—Sí, y también a: *Estamos vigilados*.

—Mentiof es arqueólogo especializado en civilizaciones precolombinas —recordó Marcos.

—Exacto. Pero también aficionado a sus libros, señor Marcos. Nunca lee sus artículos periodísticos, pero sí sus obras. Alguien contó al profesor que usted hacía muchas referencias a las visitas de seres del espacio hace milenios a este continente, y en su retiro en las montañas, Mentiof devoró las capítulos referentes a las pistas extraterrestres que existen en América del Sur, que usted describe en *Estamos vigilados.*

—¿Qué tiene que ver la arqueología con mis ideas?

Rob sonrió.

—Lo siento. Ya he hablado demasiado.

—Bueno. Al menos, dígame adónde vamos.

—De momento al mejor hotel de Talagua D. F. Allí descansará un poco, almorzaremos y saldremos al atardecer hacia el interior del país. Tenemos previsto dormir en un parador a medio camino. Estaremos en el campamento del profesor al mediodía de mañana. Y de paso, recogeremos al ayudante del profesor.

—¿En el hotel?

—En realidad será ella quien nos espere en el jeep.

—¿Ella?

—Sí. Se trata de Ursula Preston.

—Vaya compañía para el viaje. Una vieja secretaria. Me la imagino con aire de suficiencia, delgada como una escoba e insolente.

—Parece que la conoce. ¿Cómo ha podido describirla tan bien? Además, apesta a whisky del malo —rio Chrimes.

* * *

Marcos había cambiado su traje por otro más fuerte. Se calzó botas de piel y anudóse un pañuelo al cuello. Su compañero hizo otro tanto. Había recibido una carta, tal vez escrita por Ursula Preston, en la que le recomendaba la clase de ropas que debía llevar a Talagua, además de una serie de vacunas imprescindibles para andar con garantías por el selvático interior. Rob recomendó que adquiriese una maquinilla de afeitar de cuchillas, brocha y jabón.

—Usamos martillos neumáticos, por lo que tenemos un compresor; pero le será difícil poder enchufar la eléctrica.

En la tienda del hotel, Marcos pagó con dólares y se sorprendió de la cantidad de pesos talaguayos que devolvieron aún.

—La moneda nacional se devalúa cada semana, amigo —rio Rob —. Creo que la última cotización es de trescientos pesos por dólar.

—Creo que estaba a la par con el dólar cuando mis padres salieron —respondió Marcos, moviendo la cabeza.

Rob abonó la cuenta del hotel y salieron al exterior. El edificio estaba situado en la más importante avenida de la capital, amplia y flanqueada de construcciones modernas y limpias.

—El turista que ve esto no puede imaginarse cómo son los suburbios —dijo Marcos—. ¿Dónde está esa bruja?

Rob señaló un jeep que se acercaba a ellos, deteniéndose ante la puerta del hotel.

Entonces, Marcos miró furibundo y divertido a Rob. Quien lo conducía era una muchacha joven, muy hermosa, que les agitó la mano. Con la otra, se ladeó el sombrero.

—Lo siento, cariño. Me he retrasado un poco. Ha sido difícil completar la lista de Alexis. ¿Me equivoco si pienso que es usted el escritor?

—De ninguna manera, señorita —sonrió Marcos—. Y yo me alegro de que Rob sea un mentiroso burlón.

—¿Qué quiere decir?

Rob, entre carcajadas, explicó a Ursula que Marcos había pensado que la ayudante del profesor tenía que ser vieja y fea. La muchacha rio también y estrechó la mano de Marcos, quien terminó por sonreír.

—Bien venido al grupo de locos, amigo Marcos.

—Ustedes no sé si lo serán, pero yo así me estimo. Tengo que serlo para haber aceptado venir aquí.

Ursula y Rob intercambiaron una mirada de complicidad.

—Se volverá a equivocar, Marcos. Agradecerá al profesor haberle dado esta gran oportunidad.

—¿De veras?

Ella arrancó el coche y dijo:

—Desde luego. Incluso puede ganar el premio Pulitzer.

—Es posible que sea así si, durante mi estancia en Talagua, Cosme Maroto consigue derrocar a Fantos.

—Ojalá no ocurra así…, al menos mientras no hayamos terminado nuestro trabajo. Un cambio en el gobierno podría estropearlo todo. La misión del profesor ya tiene el permiso preciso para sacar del país parte de sus descubrimientos.

Marcos arrugó el ceño. Conocía suficientemente bien el caso. Funcionarios corrompidos no dudaban en estampar sus firmas en permisos de exportación de reliquias arqueológicas, que iban a engrosar constantemente los museos de otros países. El poco o mucho afecto que sentía por su país de origen le impulsaba a censurar aquel proceder. Los tesoros artísticos acompañaban a la masiva evasión de capitales de la clase dirigente. Optó, por callar encogiéndose de hombros. Una reliquia precolombina más tal vez no tuviese ya importancia ante la magnitud del desvalijamiento consumado.

—Dudo que el cabecilla Maroto consiga algo —dijo Rob—. Desde los montes, poco puede hacer, si no es hostigar al ejército que, de vez en cuando envía en su contra el general Fantos.

—Pero la guerrilla urbana mantiene en vilo constante a las tropas

en las ciudades. Eso permite a Maroto organizarse cada vez mejor. Fantos comienza a sentirse acorralado. Cada día está más nervioso. Tiene que hacer algo importante y pronto, si quiere acabar con el peligro que algún día los jóvenes oficiales de su ejército se cansen y se vuelvan contra él.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ursula a Marcos.

—Matar a Cosme Maroto. Maroto es un héroe para el pueblo. Fantos sabe que si Maroto ordena la lucha total contra el tirano se iniciará la guerra civil. Por ahora se vale de que Maroto quiere evitar el mayor derramamiento de sangre. Los soldados temen internarse en la jungla a luchar contra él. Cuando llega el tiempo de las levas, los jóvenes se ocultan en los montes y el campo. Y muchos soldados se han pasado a las guerrillas de Cosme, con sus armas. El cerco se está cerrando paulatinamente alrededor de Fantos. Ya no es el impulsivo sargento que un día ordenó fusilar al presidente y ocupar su lugar en el sillón presidencial.

—Conoce usted muy bien este país y a sus gentes, señor Marcos.

—Nací aquí, Ursula —replicó Marcos secamente.

Ursula cambió la conversación, dirigiéndose exclusivamente a Rob y comentando con éste diversos temas relacionados con el trabajo del profesor. Marcos prestó atención, pero no pudo descubrir en las palabras de ambos nada que le significara algo para adivinar la clase de labor que estaban realizando en el interior del país.

Dos horas después habían dejado muy atrás la ciudad, con sus chabolas y cinturón de miseria que la rodeaba. Seguían viajando por una magnífica autopista, pero apenas transcurrido un par de horas, el camino se hizo más molesto. La franja asfaltada se estrechó. Fantos había tenido el proyecto, años atrás de construir una autopista que conectase con las ciudades interiores, tal vez con el secreto pensamiento de construir una nueva capital de la nación, una nueva Brasilia en Talagua. Entonces disponía de suficientes fondos para acometer tal empresa; pero los pozos de petróleo, explotados por ambiciosas compañías americanas, se agotaron antes de lo esperado. La rápida prosperidad del país desapareció de la noche a la mañana. Si, por unos años, las protestas del pueblo fueron acalladas por la abundancia de puestos de trabajo y una mejora en los salarios, con la desaparición del petróleo se reanudaron las protestas. La oposición recobró el tiempo y terrenos perdidos. De las protestas pacíficas se pasaron a los hechos. Fantos se negaba a elecciones libres, encarceló a sus enemigos políticos, fusiló a varios o los hizo desaparecer.

El jeep conducido por Ursula se cruzó con varias patrullas de soldados de Fantos, que regresaban de las montañas.

—Cuando vinimos no encontramos tantas tropas —comentó Rob, preocupado.

Luego explicó a Marcos que los soldados parecían venir del parador al que se dirigían ellos y donde pensaban pasar la noche.

—¿Eso le inquieta, Rob?

—Desde luego. El campamento no queda muy lejos. Me temo que pueda haber lucha cerca, aunque Maroto nunca ha parecido gustar de aquellos lugares para sus operaciones.

A partir de entonces hablaron muy poco. Estaba anocheciendo cuando avistaron el parador. Ursula pisó los frenos y Marcos, que estaba sentado en el asiento posterior entre varios bultos, a punto estuvo de caer encima de la muchacha.

—¿Qué demonios está haciendo? —exclamó.

La muchacha se limitó a señalar hacia la edificación.

Marcos se incorporó y comprendió el motivo que había impulsado a la chica a frenar tan bruscamente. El parador estaba rodeado de varios camiones y coches militares.

—Si cree que podemos tener problemas, dé media vuelta y sigamos carretera adelante —dijo Marcos.

—Los soldados ya deben habernos descubierto. Si regresamos a la carretera sospecharán de nosotros y nos seguirán. Será mejor seguir, como si nada nos importara su presencia.

—¿Y no es así? —preguntó Rob—. Otras veces nos hemos tropezado con patrullas muy nerviosas y nunca nos ha ocurrido nada. Tenemos suficientes permisos del mismo presidente para obligar a todos esos mestizos a arrodillarse ante nosotros…

Calló, rojo de rubor porque por un momento había olvidado el lugar de nacimiento de Marcos. Pero éste pareció no haber dado la menor importancia al comentario, limitándose a responder:

—Estoy de acuerdo en continuar. Esos papeles en los que tanto confían, sólo pueden servirnos si les damos tiempo a que los lean. Viéndonos la espalda, al retirarnos, pueden sentir deseos de dispararnos.

Ursula reemprendió la marcha, ascendiendo por la vereda hasta el parador. Unos soldados les hicieron señales para que se detuvieran ante la barraca que habían colocado delante del camino.

Rob les mostró los documentos a que antes aludiera. El oficial pareció indeciso, pero otro acudió corriendo y le susurró unas palabras al oído. Entonces, ladró unas órdenes para que la barrera fuese quitada. Saludó militarmente cuando el jeep pasó por su lado. Marcos se volvió y observó que el segundo oficial hablaba por un comunicador. No tuvo la menor duda de que estaba comunicando al interior del parador que ellos se estaban acercando.

El coche se detuvo ante la puerta del parador. Un grupo de soldados descansaban cerca y miraron a los recién llegados. Pero era Ursula la que acaparaba las miradas. Uno hizo un comentario y los demás rieron estrepitosamente lo que debió ser una ocurrencia.

Sacaron del *jeep* los paquetes y ascendieron por los escalones hasta la puerta del parador. Un militar que lucía galones en la bocamanga de capitán se les acercó muy sonriente. Después de saludar y golpear fuertemente sus tacones, dijo:

—Buenas noches, señores. El general Fantos les aguarda. Confía en que le honren cenando con él.

Los tres se quedaron quietos, asombrados ante las palabras del oficial.

Rob preguntó:

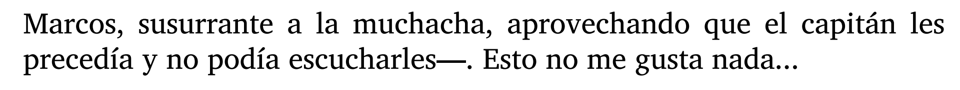
—¿Es que está aquí el general Fantos? —en seguida emitió una risita nerviosa, dándose cuenta de lo innecesaria de su pregunta—. Quería decir que no me explico cómo ha sabido tan pronto de nuestra llegada...

Marcos exhaló un suspiro. Se mantuvo alejado, sin deseo alguno de entrar en la conversación. Él sabía que el oficial de la barrera había anunciado su llegada. Pero el capitán aún disponía de más recursos para sorprenderles, agregando:

—En realidad, nuestro general les estaba esperando, señores. Les ruego que me sigan, por favor. Estarán muy tranquilos, porque todos los huéspedes fueron desalojados esta mañana.

Unos asistentes se hicieron cargo de los bultos que portaban, asegurando el capitán que estarían seguros.

—¿Conocen ustedes personalmente al general? —preguntó


Marcos, susurrante a la muchacha, aprovechando que el capitán les precedía y no podía escucharles—. Esto no me gusta nada…

—Nos recibió a todos los componentes de la expedición cuando llegamos al país. Se interesó mucho por nuestras investigaciones y nos prometió toda clase de ayuda, cosa, en honor a la verdad, que así ocurrió.

—De todas formas estoy de acuerdo con Marcos —añadió Rob—. Sus agentes han debido de estar vigilándonos en la capital. Fantos conocía de antemano cuál era nuestro camino y nuestra intención de pasar aquí la noche.

Marcos rio. Estaban entrando en el amplio comedor del parador. Dijo:

—Pronto saldremos de dudas. Nuestro anfitrión, estoy seguro, nos sacará pronto de ellas.

CAPÍTULO VI

Marcos sabía que el general Fantos estaba a punto de cumplir los sesenta años, pero representaba algunos menos. Era de constitución fuerte, alto y las canas que flanqueaban sus aladares no impedían figurarse que de joven había poseído un cabello negro como las plumas del cuervo. Lucía sobre sus labios gruesos un fino bigote muy bien cuidado. Su uniforme de general no resultaba ampuloso, sino, por el contrario, más sencillo que el de sus oficiales. Fantos decía, riendo, que él no tenía ningún motivo para vestir un uniforme llamativo para hacerse notar. Su corpulencia le hacía destacar entre los altos militares a sus órdenes.

Había recibido con cordialidad a los norteamericanos, estrechándoles las manos con efusión. Dedicó un piropo a Ursula y a Marcos le sonrió, frunciendo el ceño. Marcos pensó que el general sabía perfectamente que él, pese a su pasaporte estadounidense, era en realidad talaguayo. Les rogó que se acomodasen alrededor de la mesa que estaba preparada en el centro del amplio comedor del parador. Inmediatamente, unos nerviosos camareros empezaron a servir la mesa.

El general estuvo muy conversador durante la comida. Contó algunos sucesos cuando unos años atrás se presentó en la Asamblea General de la ONU. Fue a raíz de haber perdido el apoyo de los Estados Unidos, cuando los yacimientos petrolíferos se agotaron. Atacó al coloso del Norte con ardor, tanto, que el presidente de la asamblea tuvo que recomendarle mesura.

Marcos asistía en silencio a la conversación animada, sobre distintos temas. Ursula y Rob parecían no recelar nada, pero él, en cambio, sabía que el general estaba tratando de darles confianza para presentar en el momento menos, inesperado el golpe de efecto a los que era tan aficionado.

En la sobremesa, con una copa de coñac en una mano y un grueso habano en la otra, el general dibujó la sonrisa más complaciente de la noche y Marcos adivinó que había llegado el momento crucial.

Desde Nueva York había estudiado lo suficiente al general para conocer sus debilidades. Y una de ellas era sorprender a sus contrincantes. Le vio hacer una señal y uno de los oficiales que permanecían de pie a unos metros de la mesa, salió por la puerta del

fondo.

—Creo que debí requerir antes la presencia del profesor Alexis, señores; pero estaba tan cansado del viaje, que no me sentí con valor de despertarle. Como él ya había comido, no había razón alguna de interrumpir su descanso. Pero ahora podrá acompañarnos un rato.

Así que aquélla era la sorpresa reservada por el general, pensó Marcos. Vio a sus compañeros mirar asombrados a Fantos y a éste observarle y aparecer disgustado, porque Marcos no se había inmutado.

—¿Es que el profesor estaba aquí desde que llegamos, general? —preguntó alterado Rob.

—Desde luego. Pero no se alarmen. Está perfectamente —aseguró el general fumando intensamente y rodeándose de densa nubes de humo.

El profesor Alexis entró en el comedor, seguido del oficial que fue a buscarle. Parecía malhumorado. Ni siquiera parpadeó al ver allí a sus colaboradores. En cambio, se quedó mirando fijamente a Marcos. No se conocían, pero debió intuir de quién se trataba. El anciano aceptó la silla que le arrimó a la mesa el oficial al lado del general. Luego rechazó el cigarro que un camarero le ofreció en una caja de roble, pero aceptó un whisky.

—Supongo que no tendrá el menor inconveniente en explicarnos qué hace aquí el profesor, general —dijo roncamente Ursula, sin atreverse a preguntar directamente al profesor.

—Me temo que las explicaciones me las tienen que dar ustedes, preciosa. He preferido tenerlos reunidos a todos para escucharlas.

—No comprendemos, general... —empezó Rob.

—Evita las molestias, muchacho —dijo Alexis—. Os envié un mensaje al hotel para que aguardarais allí, pero por lo visto fue detenido por los espías del general. Tomé un coche para ir a la ciudad y fui detenido a unos kilómetros de aquí. Me trajeron al parador sin darme la menor explicación y me encerraron en una habitación. Desde allí, vi llegar el coche del general. Un oficial me dijo, cuando me llevaron algo de comida, que Fantos me recibiría más tarde, cosa que ha sucedido ahora. A vosotros también os vi llegar.

—¿Cómo sabían que pasaríamos aquí la noche antes de proseguir el viaje hasta el campamento? —preguntó Ursula.

Alexis Mentiof se encogió de hombros.

—No lo sé; pero lo sabían. Es posible que entre los nativos que trabajan en las excavaciones tenga uno o varios espías.

El general había escuchado sonriente. Apuró el resto de coñac de su copa y dijo:

—Esos son ahora detalles sin importancia, señores. Pero vayamos al grano. Cuando mi gobierno recibió la solicitud del profesor para hacer unas investigaciones en la meseta, estuvimos a punto de denegar el permiso. Como ya saben, nuestras relaciones con su país no son muy cordiales últimamente. Incluso mis enemigos están recibiendo ayuda militar aunque no oficialmente. Pero mis consejeros del Departamento de Inteligencia me hicieron ver que debíamos ser condescendientes. Si, efectivamente, se trataba de un trabajo científico el que pensaban realizar, a los ojos del mundo pasaríamos como seres cultos y civilizados. Pero si, por el contrario, como en Inteligencia temían, todo era un ardid para ayudar a los guerrilleros de la sierra cercana a la meseta, gritaríamos a todo el mundo que la CIA, el Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos o quien fuera, estaba interfiriéndose en los asuntos internos de mi país. Tal vez eso nos sirviese, además de causar un severo golpe a nuestros enemigos, para granjearnos algunas simpatías, de las que últimamente estamos, la verdad, algo escasos.

—Tonterías, general —dijo Rob—. Usted sabe perfectamente que nuestros trabajos son estrictamente científicos. Y para asegurarse de tal cosa, creo que le habrá bastado con los espías que ha debido colocar entre los hombres que trabajan en nuestro campamento. ¿Por qué no dice sencillamente que intenta alguna jugada?

—Nunca he tenido la menor intención de tenderles una trampa, amigos míos. Pero miren al profesor. ¿No le ven muy preocupado? ¿Por qué no le preguntan a él? Creo que tiene algo que decirles. Si no, ¿para qué el mensaje que les envió y que yo, efectivamente, impedí que les llegara?

El profesor se agitó nervioso en su asiento. Su voz estaba enronquecida cuando dijo:

—Sí. Efectivamente, sucedieron cosas en el campamento. Apenas ustedes se marcharon a la ciudad. Sucedió ayer.

—Así fue, señores —asintió el general, complacido—. Prosiga, profesor.

—Atardecía, cuando el capataz requirió mi presencia en la excavación. Acudí y junto a... bueno, el elemento que ustedes ya conocen, había un hombre muerto. Tenía que ser forzosamente un ataque cardíaco lo que ocasionó su muerte, ya que no presentaba ningún indicio de violencia ni había sufrido caída alguna. Entonces, envié el mensaje por radio al centro de comunicaciones de la capital para que lo transmitiera al hotel. Tenía intención, a la mañana siguiente, de cargar el cadáver en la camioneta y poner el caso en manos de la policía.

—Todo correcto hasta lo último, profesor —le interrumpió el general—. Porque usted no tenía la menor intención de contar la verdad a la policía. Si no me equivoco, sólo diría que halló el cadáver del hombre cerca del campamento. Pero nosotros sabemos que hay más. Ha dicho que lo encontró dentro de la excavación. Lamentablemente, ninguno de mis hombres ha podido trabajar allí. Todos los que lo hacen no tienen ningún contacto con mis servicios de inteligencia.

—Veo que no duda un momento en poner ahora todas las cartas sobre la mesa, señor presidente —observó Marcos.

—Ha estado muy callado hasta ahora, señor periodista —le sonrió Fantos—. ¿Ha venido usted realmente a la patria de sus padres para informar de unas investigaciones científicas o trabaja para alguien más que para su periódico?

—Vivo de mis artículos y libros —replicó secamente Marcos.

—Eso ya lo veremos, señor Marcos. Pienso dedicarle un especial interés más tarde —el general se volvió hacia el profesor y le dijo—: Hemos identificado el cadáver que transportaba en la furgoneta, Mentiof. Se trata de uno de los hombres de confianza de Cosme Maroto.

—Fue ayer la primera vez que le vi. Y, por supuesto, ahora me entero de su identidad. ¿Qué tiene eso que ver?

—Que resulta muy significativa la aparición de ese cadáver en su campamento. Es posible que si sólo fuera eso podríamos darle alguna explicación lógica al caso, pero desgraciadamente se unen otros hechos que confirman los temores de mis agentes de la inteligencia.

—Insisto en que usted está tratando de enredarnos en un sucio asunto para su provecho, general —rezongó Alexis—. Aún existe embajada de los Estados Unidos en Talagua y exijo que me permita ponerme en contacto con el embajador. Mi trabajo en este país es

conocido por varias de las más importantes universidades norteamericanas y…

—Olvídese de las universidades y de toda la prosa que emplean los yanquis para asustar a desgraciados dirigentes de otros países. Conmigo no les valdrán esos viejos trucos. Yo me río de ellos.

—Al parecer, usted se ríe de todo.

—Reconozco que mi situación no es nada sencilla. Estoy en un momento crucial para mi futuro como primer mandatario de Talagua. Mis enemigos son cada vez más fuertes. Admito también que preciso de una victoria plena, resonante. Hemos llegado a la conclusión, señores, de que en la meseta se está fraguando un ambicioso plan para derrocarme.

—Su fantasía es desbordante, presidente —dijo Marcos, con ironía.

—Entonces, sigamos jugando con la fantasía. Aparte de varios hombres que me informan de todos los trabajos que están haciendo en la meseta tengo dispuestos a otros muchos alrededor del campamento. Un humilde campesino o ganadero, puede ser un espía a mi servicio. Los grupos guerrilleros de Maroto merodean cada vez más cerca los alrededores del campamento. Por las noches se ven luces extrañas en el cielo, sobre la vertical de la excavación. Y mis radares han detectado la presencia de aviones. ¿Qué pensarían ustedes en mi lugar?

—Carecemos de su inteligencia para llegar a ninguna clase de conclusión —dijo Mentiof.

La hasta entonces risueña cara del general se tornó grave. Miró a sus invitados uno por uno.

—El profesor Mentiof, científico ruso fugado de su país y acogido por los yanquis. Robert Chrimes, antiguo oficial de la Marina, de oficios varios desde que dejó el uniforme y ayudante del profesor en la universidad desde hace seis años. La señorita Preston, además de ser muy bonita, trabajó bastante tiempo como intérprete de las Naciones Unidas. Creo que lo dejó porque se ocupaba de facilitar ciertos informes al Pentágono, que obtenía gracias a su bonita cara de los diplomáticos candorosos. Y, por último, tenemos a Marcos Martin, cuyos padres huyeron de su patria secretamente, antes de que mis hombres los detuvieran, acusados de subversión. El hijo se destacó hace un lustro escribiendo en contra mía, pero bajo un seudónimo. No es muy valiente que digamos, o fue tan precavido que no quiso evitar

que su presencia no fuera admitida en mi país algún día, cuando decidiese regresar con la oculta intención de ayudar a los insurrectos por encargo del gobierno yanqui. Como ven, estoy perfectamente informado de quiénes son ustedes, señores.

»Su situación es bastante difícil. Dispongo ya de suficientes pruebas para ponerles ante un tribunal, acusados de subversión, de espías o lo que se me antoje. Pero estarán pensando que ahora es el momento de que yo les prometa algo, a cambio de dejarles libres, ¿no es así?

—Sí, creo que es el sistema a seguir, en situaciones similares —dijo Marcos, encendiendo un cigarrillo.

—Celebro enfrentarme con personas inteligentes. Odio las medias tintas. Quiero que me den todos los informes precisos acerca de las intenciones de Maroto y sus colaboradores. Además, deberán firmarme una declaración aceptando sus culpas. También tendrán que decirme qué clase de excavación están haciendo en la meseta y cuál es la relación de ésta con mis enemigos.

—¿Es que su calenturienta imaginación le hace pensar que mis trabajos científicos son sólo un pretexto? —preguntó el profesor, con voz alterada.

—Si no lo es, dígame qué está buscando en las profundidades de la meseta —gritó el presidente—. Han removido cientos de toneladas de tierra y el mayor de los misterios rodea ese túnel, al que sólo tienen acceso los hombres contratados de su mayor confianza.

Marcos observó que Mentiof palidecía. Vacilante, el ruso dijo:

—No acostumbro a hacer un anticipo de mis investigaciones. Antes de hacerlo, tengo que asegurarme de que no estoy en ningún error.

—Esa respuesta no me sirve. Y como estoy seguro de que allí conseguiré las pruebas que necesito para enviarlos a todos ustedes ante un tribunal, mañana, a primero hora, partiremos hacia la meseta. Y les juro que será mejor para ustedes que me digan lo que se proponen hacer, antes de que sea yo quien lo averigüe. Tienen toda esta noche para pensar lo que mejor les convenga.

El general hizo una señal al oficial, ordenándole:

—Condúzcalos a las habitaciones que hemos dispuesto para ellos —volviéndose a los norteamericanos, añadió—: Resultaría innecesario

aconsejarles que no intenten salir del parador. Mis hombres vigilan los alrededores y desde hace algún tiempo, están un poco nerviosos.

Marcos aplastó el resto de su cigarrillo sobre un cenicero y dijo:

—Descuide, general. No tenemos intención de darle ninguna excusa para poder matarnos por la espalda.

—No es ésa mi intención por ahora. Se lo aseguro.

El oficial les indicó la salida del comedor, señalándoles una escalera que había en la estancia contigua. Marcos se volvió para ver a tres soldados que les seguían. Con toda seguridad, patrullarían toda la noche por el corredor. El oficial fue abriendo las puertas de las habitaciones, indicando en cada una de ellas cuál debía ocuparla y advirtió:

—Todas se pueden comunicar entre sí. Pueden reunirse en una de ellas y deliberar lo que más les convenga.

Marcos entró en su habitación y escuchó cómo la puerta se cerraba detrás suyo. Había dos camas y sobre una de ellas, estaba su maleta. Seguramente, ya había sido registrada. Se encogió de hombros. No llevaba ningún arma y no creía que algún soldado le hubiera robado algo, porque los oficiales no lo habrían permitido. Por el momento, al general le interesaba conservar una buena imagen.

Se acercó a la ventana. Miró a través de las cerradas puertas de cristales el exterior, gracias a la intensa luminosidad de la Luna. No sería difícil escapar por allí, ya que estaba en el primer piso, de no ser por los grupos de soldados que acampaban alrededor del parador. Frunció el ceño, observándolos. Notaba entre ellos un movimiento poco usual, como si se moviesen entre los camiones militares con sigilo. No había encendido la luz de la habitación y podía acercarse a la ventana con plena seguridad de que ninguno de ellos sabría que los estaba observando.

Cuando unos minutos más tarde se apartó de la ventana, echó la persiana, encendió la luz y se colocó un cigarrillo en su sonriente boca.

Entonces, sonaron unos golpes en la puerta que comunicaba con las otras habitaciones. Se dirigió a ella y la abrió, preguntando a Rob:

—¿Es la hora de las intrigas? —Por encima del hombro de Rob, vio a Ursula y al profesor, sentados sobre una de las camas, esperándole.

CAPÍTULO VII

—El general cree verdaderamente que nosotros estamos en Talagua para ayudar a Cosme Maroto —dijo el profesor—. De eso estoy seguro. Pero no tenemos ninguna posibilidad de convencerle de que está en un error. Por lo tanto, estamos en dificultades. Y nuestra situación empeorará cuando en el campamento nos obligue a mostrarle lo que hay al fondo de la galería.

—¿Qué le pasó realmente a ese hombre que usted encontró muerto cerca del final del túnel y que el general afirma es un hombre de la guerrilla de Maroto? —preguntó Rob.

Marcos se volvió a acercar al grupo. Había estado escudriñando cada rincón de la estancia. Aunque no lo creía, quería asegurarse de que no había ningún micrófono escondido. Tampoco descubrió ningún agujero por el que pudieran ser observados. Si el general no había previsto nada de eso debía ser, sin duda, porque no había tenido tiempo de preparar nada. Más tranquilo, decidió unirse a la deliberación.

—No puedo explicarme cómo ese desdichado pudo pasar entre los centinelas que rodean el campamento y penetrar en el túnel sin que nadie le viera. El caso es que estaba delante de la cara izquierda del cubo, muerto. ¡Y los controles que descubrimos estaban alterados, como si hubiera intentado manipularlos!

—¿De qué cosas están hablando? No entiendo nada. Si quieren que forme parte de su grupo, antes tengo que estar debidamente informado, ¿no les parece?

—Marcos tiene razón —dijo Ursula—. Será mejor que le ponga usted al corriente, profesor. Y éste es un buen momento, ya que estamos seguros de que los hombres de Fantos no nos escuchan.

—Gracias, señorita Preston —Marcos le dirigió una amplia sonrisa—. Cada vez me agrada usted más.

—Señor Martin, yo requerí su presencia en Talagua porque es usted periodista y un buen conocedor de los temas extraterrestres. Leí sus libros con mucho interés porque en aquellos meses estaba trabajando sobre unos datos que habían llegado hacía años a mis manos. Sobre la meseta central de Talagua existen unas líneas paralelas, profundos surcos, que sólo puede ser avistadas desde el aire.

Y a esta zona no llegaron los nativos que formaron alguna civilización importante precolombina. Es más, ningún pueblo entonces hubiera podido construir tales cosas. Estudié la dirección de los surcos y me hice mil preguntas. Usted también mencionó esas líneas en sus libros referentes a las posibles visitas de seres de otros planetas hace milenios, Marcos. Decía que la planicie podía haber sido un campo de aterrizaje de seres procedentes de las estrellas. Es posible que tenga razón, pero yo añadí a sus ideas la posibilidad de que fueran algo más.

—¿Cómo qué, profesor? —preguntó Marcos, vivamente interesado.

—Las líneas convergen sobre un punto. Nosotros hemos excavado sobre ese punto, con el convencimiento de que los surcos eran una guía dejada hace miles de años para que nuevos visitantes encontrasen con facilidad determinado lugar.

—¿Y qué han encontrado? Porque antes se refirieron a una especie de cubo y unos mandos…

—Así es. A unos cien metros de profundidad, excavando en una tierra que no es roca como toda la meseta, sino que hace milenios debió ser removida, dimos con un gran cubo de un metal desconocido, durísimo y oscuro, frío. Mide cinco metros por cada lado y la segunda capa que descubrimos tiene en su centro lo que puede ser una puerta circular, y, sobre ésta, unas protuberancias que parecen ser los mandos precisos para abrirla. Desde hace una semana hemos parado los trabajos. Le llamamos entonces porque queremos que esté con nosotros alguien que sea capaz de contar nuestro descubrimiento, que esperamos sea sensacional.

—¿Comprende ahora por qué le dije al salir del aeropuerto que estaba a la vista de una noticia que podía hacerle famoso en el mundo entero, Martin? —preguntó Rob, socarrón.

—Eso si tengo la oportunidad de escribirla, naturalmente —masculló Marcos—. Así, ustedes creen que ese cubo gigantesco de metal procede del espacio y está en la Tierra desde hace unos miles de años, ¿no es así?

—Eso no podemos afirmarlo por ahora, Martin; pero sí podemos asegurar que no ha sido construido en este planeta y ha estado enterrado hace unos cinco mil años, al menos —aseguró tajante el profesor.

—Entonces nos tenemos que preocuparnos más por las amenazas del general Fantos —suspiró Marcos.

—¿No? ¿Qué le hace concebir esperanzas?

—Ante los indicios inequívocos de que hemos descubierto una reliquia, dejada por los visitantes extraterrestres en la Tierra, hace milenios, el general se convencerá de que nuestras intenciones en Talagua son meramente científicas y no tenemos nada que ver con el movimiento subversivo.

El profesor, Ursula y Rob miraron a Marcos asombrados. La muchacha exclamó:

—Usted se ha visto inmerso en un problema y sólo piensa en salir de él lo antes posible —dijo con visible tono de disgusto en su voz—. Pero nosotros pensamos, afortunadamente, de distinta forma.

—Explíquese —pidió Marcos, frunciendo el ceño.

—Es sencillo, señor Martin —dijo el profesor, conciliador—. Es posible que el general nos crea y admita que sólo hemos hecho descubrir un extraño cubo que achacamos a procedencia extraterrestre, pero nosotros habremos perdido la oportunidad de sacarlo del país y mostrarlo al mundo. Nuestra intención era embalar el cubo, y utilizando los permisos que tenemos, llevarlo a Estados Unidos. Allí sería convenientemente examinado y apreciado. Ahora, Fantos se apoderará del cubo y lo usará a su antojo, bien como arma propagandística de Talagua o Dios sabe para qué

—Me temo que si Fantos se convence de que procede de otro mundo intentará abrir el cubo con la esperanza de encontrar dentro alguna riqueza o conocimiento científico para su exclusivo provecho —suspiró Ursula.

—Y nadie puede aún prever lo que encierra —añadió Rob—. ¿No es posible que contenga algún elemento peligroso que entre en actividad apenas sea abierta la puerta? La Tierra puede peligrar si son manos inexpertas las que lo manipulan. No intentamos robar nada a Talagua, señor Martin. Nosotros creemos que lo que contenga el cubo para bien o para mal, pertenece a toda la humanidad.

Marcos movió la cabeza. Parecía estar molesto.

—Es inútil. Para ustedes sigo siendo talaguayo. No pueden pensar que mi nacionalidad es norteamericana. El profesor nació en Rusia y nadie duda de su lealtad; pero al parecer un latinoamericano es distinto, en cuerpo y alma, a un anglosajón o eslavo. Está bien. Dadas las circunstancias, ustedes dirán qué podemos hacer.

—Por favor, Marcos —dijo Ursula, tocándole el brazo afectuosamente—. Nadie ha querido ofenderle. Nosotros también queremos salir sanos y salvos de esta aventura, pero intentamos que el cubo no caiga en manos que podrían hacer mal uso de él.

—De acuerdo —asintió Marcos—. Olvídenlo todo… Pero no tenemos toda la noche para hablar. Por el momento, no veo otra alternativa que decir a Fantos la verdad cuando estemos en el campamento.

—Precisamente nosotros habíamos pensado buscar, entre todos, alguna excusa para no tener que confesar que el cubo es extraterrestre —protestó Rob—. Para eso nos hemos reunido.

—Pues olvídense de eso —sonrió por primera vez desde que comenzó la reunión.

Y les contó lo que había estado observando a través de la ventana.

* * *

Todos los nativos que trabajaban en el campamento habían sido encerrados en uno de los cobertizos y custodiados por media docena de soldados. Fantos sólo permitió que el capataz García estuviese presente cuando se dirigieron a la entrada del túnel. Al lado estaban las máquinas extractoras y camiones que dejaban lejos de allí la tierra removida. Cerca se hallaban las pilas de maderas que habían estado utilizando para apuntalar las excavaciones. Rob Chrimes había sido el responsable de la construcción del túnel y aseguró a Fantos que era totalmente seguro.

El general ordenó rodear la entrada. A su lado estaba el comandante Ortega, con gesto preocupado, mirando la oscura boca. Detrás, una docena de soldados esperaban. El resto de la tropa se había instalado en las tiendas de campaña de los obreros, después que varias patrullas fueron destacadas por los alrededores.

Estaba atardeciendo, y Fantos conversó con García sobre la conveniencia de postergar para el día siguiente la exploración del túnel. García era de la opinión de dejarlo para la mañana, pero Fantos pegó un puntapié a un pedrusco y dijo que de todas formas maldita era la necesidad que tenían de la luz del día para explorar un túnel que se hundía hasta los cien metros de profundidad.

El comandante Ortega exhaló un suspiro y ordenó traer más linternas de los camiones, a pesar de que antes le informara Rob que

la excavación contaba con la suficiente luz.

El general se volvió hacia el grupo de prisioneros y dijo:

—Bajaremos todos y allí mismo me explicará usted, profesor, qué es lo que estaban haciendo con tanto misterio. Y será bueno para la salud de todos que sus explicaciones sean convincentes.

El comandante se acercó al presidente y le dijo en voz baja que él también creía en la conveniencia de postergar la bajada para el día siguiente,

—Maldita sea, comandante —barbotó Fantos—. No puedo perder mucho tiempo en este condenado lugar. Mi presencia es requerida en la capital. Si ese condenado Maroto sabe que estoy aquí, puede intentar algo en mi ausencia. Bajaremos ahora mismo. Y si es posible, regresaremos esta misma noche. Me siento inquieto en esta meseta.

Varios soldados habían corrido hacia los camiones y regresaban con varias linternas, que entregaron a los seis soldados que bajarían por el túnel, acompañando a su presidente y al comandante Ortega y vigilando a los prisioneros.

Marcos no pudo reprimir cierto nerviosismo cuando se aproximó a la entrada del túnel. Estaba ansioso por conocer la condenada masa de metal en forma de cubo. Al pasar junto a un soldado que sostenía una linterna, pero procuraba mantenerla lejos de su rostro, abrió la boca, ahogando una exclamación. Pero reaccionó y siguió adelante. Procuró ponerse al lado de Ursula y protegerla cuando llegara el momento, que presumía iba a ser pronto.

Como había dicho Rob, la excavación estaba adecuadamente iluminada. Pero el general había querido ser precavido al requerir unas lámparas suplementarias. Dos soldados abrían la marcha, dándoles la espalda. Marcos reconoció a uno de ellos como el que intentaba mantener su rostro apartado de la luz que llevaba.

El túnel iba descendiendo en círculos. El profesor iba explicando que sus cálculos que aconsejaron hacerlo así porque de esta forma el espacio explorado sería mayor, además de facilitar aún más el descenso y el trabajo de encofrado.

—Tenía previsto suspender los trabajos unos metros más abajo hasta donde hemos llegado —decía el profesor, dirigiéndose casi exclusivamente al general que caminaba a su lado—. Entonces hubiéramos comenzado otro túnel en el segundo punto de interés. Pero por fortuna, no tuvimos que hacerlo. Aquí estaba lo que

buscábamos.

—¿Puede decirme ya qué era lo que esperaban encontrar? —preguntó el general.

El profesor se encogió de hombros.

—Ya falta tan poco que supongo no le importará esperar algo más, general.

Dieron la vuelta a un nuevo recodo y se encontraron ante una especie de amplia excavación. Se notaba que allí habían trabajado con denuedo para construir aquella especie de sala. Todas las paredes estaban fuertemente apuntaladas porque, según explicó Rob, era su intención excavar alrededor del cubo que tenían enfrente. Entonces señaló la mole metálica.

Todos observaron en silencio la proa de metal negro del cubo. Dos de sus caras estaban ya descubiertas y limpias de tierra. La parte superior del cubo y los otros dos lados traseros permanecían ocultos aún. En la cara de la derecha se dibujaba el contorno de una circunferencia, una puerta, y sobre ella, una serie de mandos de complicado e indescifrable manejo.

Marcos se sentía impresionado ante aquello. El gran cubo sólo podía haber sido construido por seres que disponían de alta tecnología, y de ninguna forma de este mundo. El elemento metálico había permanecido encerrado bajo cien metros de profundidad y con miles de toneladas de tierra encima durante muchos miles de años. Las preguntas de quién o quiénes lo habían hecho y con qué motivos, bullían en la mente de Marcos insistentemente. Se sustrajo por un momento al influjo del oscuro metal y miró al general Fantos.

El presidente parecía absorto en la contemplación del cubo. Había avanzado dos pasos y luchaba contra sus deseos de tocar la negra superficie metálica.

El profesor, al igual que Marcos, no quitaba ojo de Fantos y también parecía haber adivinado las intenciones del talaguayo. Dijo:

—Si teme que el cubo emane alguna forma de radiactividad, general, puedo asegurarle que hemos comprobado que no hay ninguna clase de peligro. Pero no le puedo decir lo mismo si manipula lo que parecen ser mandos de apertura de esa puerta circular. Delante de ella encontramos al hombre muerto que yo llevaba a la capital cuando sus hombres me detuvieron.

—¿Qué hacía aquí ese hombre, profesor Mentiof? —preguntó el general, retrocediendo un paso y girándose hacia Alexis.

—No lo sabemos, puede creerme. Pero me atrevería a asegurar que intentó abrir la puerta. Es un misterio para nosotros cómo pudo llegar aquí sin ser descubierto. ¿Cómo se había enterado de la existencia del cubo y qué pretendía obtener de él? Es una pregunta cuya respuesta me gustaría conocer. Se lo aseguro.

—Me cuesta trabajo creerle, profesor, pero ¿qué es esto?

—Es algo aún desconocido para nosotros. Procede de otro mundo y ha permanecido enterrado durante milenios. Una intuición, el azar o producto de unos estudios, como prefiera creerlo, nos ha llevado hasta él. Pero debemos tener cuidado con esta mole de metal. Puede ser un dispositivo colocado en la Tierra por seres de otros mundos que nos visitaron en el pasado. En definitiva, una alarma que les diga cuándo la humanidad puede representar un peligro para ellos. O crea lo que quiera. Pero mi consejo es que seamos precavidos. El hombre que murió a los pies del cubo intentó conocer su secreto, manipulando esos mandos y murió. No lo olvidemos. Quienes construyeron ese cubo debieron pensar que algún día un ser inteligente pretendería penetrar en su interior y tomaron sus precauciones.

Fantos miró al profesor largo rato en silencio. Asintió:

—Es posible que tenga razón, profesor.

—¿Nos cree ahora, general? —preguntó Rob.

—Aún quedan cabos sueltos que tengo que atar. El muerto era un hombre de Maroto. Y eso es sospechoso aún, aunque este trasto sea extraterrestre. Por el momento, mis problemas están en la Tierra y tengo que habérmelas con hombres de este planeta.

—Es usted tremendamente insoportable, general... —masculló Marcos, sintiendo en seguida la mirada furibunda del comandante Ortega.

—Si pudieran explicarme qué quería el hombre de Maroto aquí y cómo llegó..., la cosa cambiaría totalmente.

Un soldado surgió de las sombras. Había dejado su lámpara sobre el terroso suelo, dio la espalda al cubo y se enfrentó a todos. Sus otros cinco compañeros se movieron, empuñando sus armas.

—Sí, por una vez estoy de acuerdo con el general Fantos. Quiero saber cómo murió Caspe. Así se llamaba quien desde hace una semana

estaba buscando desesperadamente.

El comandante soltó un grito e hizo intención de desenfundar su revólver. Un soldado levantó su fusil y le asestó un golpe de culata contra la espalda, derribándolo. Dos más saltaron sobre el presidente y le desarmaron.

—Tengo el gusto de presentarles al célebre Cosme Maroto —dijo Marcos, señalando al soldado que había hablado.

Maroto se despojó del casco, arrojándolo al suelo. Era de mediana edad, alto y muy moreno. Sonrió con unos dientes blanquísimos, y se adelantó hasta plantarse delante de Marcos.

—El capataz seguro que me ha reconocido, pero usted, amigo, me parece que ya lo hizo cuando estábamos entrando en el túnel. ¿Me equivoco?

—Acierta plenamente. Y también creí verle anoche, rondando los alrededores del parador seguido de sus hombres disfrazados de soldados del general. Fueron muy hábiles ocupando el lugar de las tropas.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Maroto.

—En una de las ventanas.

—Ninguna de ellas tenía la luz encendida. Las que se iluminaron más tarde no nos preocuparon porque nuestra acción ya había concluido.

—Tuve la precaución de no encender ninguna luz. Sólo lo hice cuando eché la persiana —terminó Marcos, hablando en castellano.

—Habla muy bien mi idioma, amigo. Con un ligero acento gringo, pero lo habla muy bien.

—Nací en Talagua. Mis padres fueron unos de tantos que tuvieron que emigrar para no enfrentarse a un pelotón de fusilamiento o terminar sus vidas en un campo de concentración.

—Pues ha vuelto a Talagua en el glorioso momento en que vamos a acabar con esta sanguijuela de Fantos, amigo —rio Maroto. Miró al general y añadió—: La verdad es que nunca soñé con la posibilidad de agarrarle vivo... y tan pronto.

—Pues deberá asesinarme inmediatamente, Maroto —escupió el general. Estaba muy pálido, pero la cobardía no era uno de sus

defectos—. Toda la meseta está rodeada por mis tropas. Vendrán pronto aquí si yo retraso mi regreso. No sacará provecho de mi muerte. Antes de que la noticia de mi fin llegue a las ciudades y pueblos usted también habrá acabado.

—Me gustaría mucho pero por ahora no pienso ajusticiarlo. Y no diga nada más de asesinato. Matarle sería un acto de justicia que miles de sus víctimas están pidiendo, sucio dictador. Pienso llevarle vivo a mis refugios. Cuando sus sicarios sepan que es mi prisionero, no se atreverán a mover un dedo y se rendirán.

Fantos soltó una carcajada.

—Cogerme prisionero no le hace ningún favor, Maroto. Si esto hubiera ocurrido dentro de un par de años, cuando tuviese una mejor organización, todo habría sido distinto. Pero ahora no sabe qué hacer, porque ni siquiera sabía que yo estaba en el parador. ¿No es cierto? Ha dado un golpe de audacia, sólo por casualidad. Intentaba saber lo que le sucedió a su hombre muerto, creyendo que sólo tenía que vérselas con un destacamento. Si hubiera sabido que yo estaba el mando de las tropas, nunca habría reunido el suficiente valor para hacer lo que ha hecho.

Marcos no pudo evitar sentir cierta admiración por Fantos. A pesar de lo difícil de su situación, no perdía la compostura. Sus palabras no eran las de un perdedor, sino las de quien aún tenía varios triunfos a su disposición. Por el contrario, el comandante Ortega, además de su intensa palidez, no podía disimular el temblor de sus manos alzadas.

—¿Qué pasa con los hombres que están afuera? —preguntó Marcos.

Maroto se alzó de hombros.

—No nos preocupamos por ellos. Aunque no pudimos reemplazar a todos los soldados de Fantos, sí sustituimos los suficientes para ahora tener dominados a todos nuestros enemigos. Ellos ya sabían que tenían que actuar cuando nosotros bajamos. —Miró el cubo, asintió y dijo, mirando al profesor—: Ha sido muy interesante lo que he escuchado referente a esto, señor Mentiof. Caspe, como dije, desapareció hace una semana de mi refugio. Nadie sabía dónde estaba, hasta que un campesino me avisó cuando usted lo conducía en la furgoneta a la capital. La verdad es que mi original intención era arrasar este campamento para vengarle porque creí que ustedes le habían matado. Han tenido mucha suerte de que yo me haya enterado

de la verdad a tiempo, Si triunfo y logro sentarme en el sillón presidencial, creo que les voy a regalar el cubo de hierro…, después de saber lo que contiene, claro. Tengo que velar por los intereses nacionales. —Y rematÓ con una estrepitosa carcajada.

—No se lo tome a burla, señor Maroto —protestó el profesor—. Lo que pueda haber dentro puede resultar muy serio.

Maroto dejó de reír. Se dirigió hacia la circular línea e indicó a uno de sus hombres que acercase una luz para ver con mayor detenimiento los dispositivos que podían servir para su apertura.

—Cosme era un buen tipo —dijo—. Casi un hermano para mí. Luchó muchos años a mi lado. Si él quiso entrar ahí, yo debo hacer realidad su póstumo deseo.

—¡No lo intente! Puede morir como murió él —gritó Marcos, empujando al soldado que sostenía la luz para colocarse al lado de Maroto.

—Yo no sabía nada de todo esto hace unas horas, pero estoy de acuerdo con todo lo que afirma el profesor.

Marcos estudió al jefe de los insurgentes en los ojos. Maroto era un hombre astuto, pero no inteligente. Sus únicos estudios habían sido desde su infancia ganarse míseramente el sustento, aprender a leer y escribir por medio de una férrea voluntad de no ser un ignorante como la mayoría de los campesinos a los que quería redimir por medio de las armas. Maroto podía triunfar en la lucha que había emprendido, pensó Marcos, pero no podría sobrevivir en la paz a la lucha que le enfrentaría con los políticos profesionales.

Era, en definitiva, el luchador, el ídolo de las masas, el liberador del pueblo y héroe nacional, pero un inútil y un estorbo, en la paz. Marcos se preguntó cuánto tiempo sería capaz Maroto de sobrevivir a su victoria, si es que alguna vez la conseguía.

—Me he enfrentado a cosas más peligrosas que una puerta de hierro, amigo —dijo el cabecilla—. Pero gracias, de todas formas, por su interés por mi seguridad.

Maroto dirigía su mano hacia los dispositivos más cercanos a él cuando, ruidos de pasos precipitados, procedentes de la galería, le detuvieron e hicieron que todos se volviesen para mirar hacia allí.

Un hombre, que vestía uniforme de los federales de Talagua, apareció corriendo. Como Maroto le mirase, solamente intrigado, los

científicos y el periodista dedujeron que se trataba de un guerrillero disfrazado.

—¿Qué pasa, Ramírez? ¿Es que algo no ha salido como planeamos? —preguntó Maroto, impaciente.

—No, jefe. Los dominamos en seguida. Pero es que...

—Habla de una condenada vez, idiota.

—Suceden cosas extrañas arriba, señor.

Maroto frunció el ceño.

—¿Los soldados del general se acercan?

—No pueden ser ellos, jefe. Es algo mucho peor. ¡Suba, e impida que los hombres huyan despavoridos, si es que no lo han hecho ya!

Marcos miró al profesor, y se encontró con los ojos muy abiertos y asustados de Ursula. Entonces los tres giraron sus cabezas hacia la negra masa de metal. El cubo, después de milenios, parecía querer gritar que estaba vivo, que contenía algo tremendamente peligroso e ignoto.

CAPÍTULO VIII

Nurok aún permaneció largo rato mirando la apagada señal. A su lado, Ercus se impacientó y dijo:

—Es inútil. El humano ha fracasado; y el dispositivo de seguridad ha actuado. El control mental no nos sirve. Hemos esperado miles de años para nada.

—No podemos darnos por vencidos tan pronto...

—¿Acaso crees que nos queda todo el tiempo del mundo? —Ercus soltó una corta risa amarga—. El margen de seguridad se nos agota. Desde Rill, pueden enviar, de un momento a otro, la expedición para asegurarse de que el ciclo previsto se ha consumido. Lo peor es que no sabemos cuándo se presentarán. ¡Pero tenemos que tomar una determinación en seguida!

Nurok se incorporó. Parecía terriblemente cansado, y más envejecido, como si los milenios subjetivos que habían recorrido en sólo unos meses de vida real, pesaran sobre sus espaldas efectivamente.

En silencio, se retiró a su camarote, dejando discutir al resto de sus compañeros. Al cabo de dos horas, regresó a la estancia. Parecía más reconfortado. Dijo: —Creo saber por qué murió el humano que controlamos para que abriese el cubo donde yace Traoll —miró a Indrell, preguntándole—: Tú has pasado todo el tiempo posible estudiando a los humanos que han terminado por poblar este planeta y, por lo tanto, eres el más indicado para ayudarme. ¿Qué conexión has apreciado entre estos humanos y los rills?

Indrell se envaró porque no podía haber previsto que Nurok saliera con aquel tema, cuando todos esperaban otra cosa más espectacular.

—Bueno... No he tenido muchas oportunidades de hacer todos los estudios que me hubiera gustado, pero las observaciones realizadas desde la nave, y las veces que hemos descendido estos meses, me permiten pensar que existen pocas diferencias entre ambas razas. Apenas existen. Tal vez, aquí, las pigmentaciones de la piel se han diversificado más que en los rills. También las diferencias ideológicas y religiosas son tan dispares, que han motivado constantes enfrentamientos entre los distintos grupos que ellos llaman naciones.

Los rills no sufrieron estos impedimentos para lograr un mayor desarrollo técnico y social entre ellos porque, desde los comienzos de su civilización, se unieron fuertemente para luchar contra nuestros antepasados. Apenas conocieron las guerras civiles... Todos sus esfuerzos los dedicaron a combatir a una raza distinta, que les hacía sombra: a nosotros, los múridos attolitas.

—¿Qué ha pasado, en este planeta, que los múridos siguen aún en total estado de salvajismo? —preguntó Nurok.

—Este planeta proyectó dos tipos de primates, que poseían todas las ventajas para prevalecer. Pero los humanos adquirieron una rápida ventaja sobre las ratas, pequeñas y con escaso cerebro. Ahora, la situación está en favor de los humanos. Por lo tanto, ellos no se enfrentan al problema de tener que combatir una raza totalmente opuesta, como lo hicieron los rills. Saben que las minúsculas ratas representan cierto peligro para su salud y economía, y las combaten. Lamentablemente, algún día alcanzarán el suficiente conocimiento para acabar hasta con el último representante de los múridos salvajes de este planeta. Si no lo han hecho es porque están siempre demasiado preocupados, combatiendo entre sí.

—¿Los humanos pueden haber llegado a la conclusión de que las ratas, si se les ofrece la oportunidad, y no son aniquiladas, se convertirían, con el tiempo, en sus más peligrosos rivales para la posesión de este mundo?

—De ninguna forma. Para ellos sólo son... —Indrell se puso nervioso, antes de añadir—: Lo siento, compañeros. Son apreciaciones de los humanos de este planeta, no mías. Ellos consideran a las ratas de este mundo como infectos animales, dignos de vivir en las cloacas, entre sus defecaciones.

Todos los múridos torcieron el gesto, ante las palabras de Indrell. Por el contrario, Nurok asintió, complacido.

—Magnífico —dijo—. Los humanos son ambiciosos, egoístas y no dudan en matar a un semejante suyo si, a cambio, obtienen un beneficio. Esto es estupendo para nosotros.

—¿Adónde pretendes llegar? —preguntó Ercus, impacientándose.

—Ya hemos visto cómo nuestro intento de abrir el cubo, utilizando un humano, que capturamos cerca de la meseta donde está enterrado nuestro jefe, no ha servido. Los ingenieros rills dispusieron que la puerta sólo podía ser abierta por un ente semejante a ellos, nunca por un múrido. Hemos esperado milenios para que los salvajes

humanos se civilizasen. Aún no los están demasiado, pero como no podemos esperar más, nos decidimos a actuar. Nuestra captura fue sometida a un dominio nuestro en su mente, e instruida para que operase las combinaciones de la puerta. Ahora sabemos que una mente humana forzada, dominando su subconsciente, no es válida. Por lo tanto, precisamos la colaboración voluntaria de un humano, que sepa lo que hace y lo que nosotros queremos a cambio, para que los analizadores del cubo no le destruyan el cerebro. Estoy seguro de que si logramos convencer a un humano para que se preste a tal trabajo, conseguiremos liberar a Traoll.

—¿Un humano, prestándose a ayudar a un múrido? —exclamó Ercus—. Estás loco, amigo.

—De ninguna forma. Estos humanos no deben sentir hacia nosotros más recelo que nuestra procedencia extraña —intervino Indrell—. Creo que últimamente han llegado a la Luna, su satélite, aunque no están allí permanentemente. Actualmente, intentan alcanzar los otros dos planetas, más cercanos a ellos. Así, conocen la posibilidad de vida en otros mundos del espacio. También hablan mucho de extrañas visitas, de naves sobre su cielo. Es posible que algunos de nuestros vuelos orbitales los hayan detectado. Si nos presentamos ante ellos, nos creerán, si les decimos que procedemos de otro planeta, y que nuestras intenciones son pacíficas. Antes que puedan reaccionar, nos habremos marchado, llevando a Traoll con nosotros.

—Indrell ha captado mis pensamientos —admitió, gozoso, Nurok —. Ya sabemos, todos, que los humanos han levantado un campamento cerca de la cripta de nuestro maestro, llegando hasta ella. Por eso enviamos al humano capturado, mientras dormían. No son muchos, y disponemos de medios para dominarlos. Las ciudades no están cerca, y también podemos impedir que soliciten ayuda, si se asustan. Estoy seguro de que entre ellos encontraremos alguno que, a cambio de prometerle recompensas, nos ayude a gusto.

Ercus consultó a Indrell con la mirada, ya que, al fin y al cabo, era quien conocía mejor a los humanos de aquel planeta.

—Ercus, Nurok puede tener razón. Estos humanos no poseen prejuicios atávicos contra nosotros, como los rills. Sí, podemos encontrar quien nos ayude voluntariamente. Únicamente tenemos que ser hábiles para convencerle, no despertar sus recelos. No debe, desde luego, sospechar que, tarde o temprano, la acción que haga representará para su planeta una amenaza en el futuro, como indudablemente todos queremos que así sea.

Ercus gruñó algo que nadie entendió, y asintió.

* * *

Maroto y Marcos Martin fueron los primeros en salir del túnel al exterior, y ambas se quedaron paralizados, asombrados y tratando de aminorar el pánico que experimentaban. Maroto tenía fama de valiente, y nunca había rehuido ningún combate contra los soldados del general, mientras que Marcos combatió un año en Vietnam, y luego permaneció otro más como periodista; no había ganado ninguna medalla, pero nadie le acusó de cobardía. Sin embargo, ante lo que estaba suspendido sobre sus cabezas, dominando todo el campamento, sintieron miedo y quedaron enmudecidos.

Ya casi era de noche, y la Luna era débil. Empero, un área de tres kilómetros cuadrados estaba iluminada fuertemente por la luz blanca que la especie de nave irradiaba. Aquel gigantesco objeto estaba suspendido a una altura de unos cincuenta metros. Tenía forma de delta, con abultadas protuberancias en sus extremos. Brillaba solamente su parte inferior, mientras que la superior, por lo que podía verse desde el suelo, rechazaba o absorbía totalmente la débil luz lunar.

—¡Qué es esto! —exclamó Maroto.

Marcos se sintió empujado por los demás que subían. Sin dejar de mirar hacia arriba, replicó:

—Sin duda, no pertenece a nuestro planeta. Es una nave de otro mundo.

—¿Y qué demonios viene a hacer aquí?

—Es posible que los dueños de ese misterioso cubo hayan decidido regresar por él —dijo el profesor, colocándose al lado de Marcos, jadeante.

Marcos vio que Cosme se dirigía hacia el grupo formado por los trabajadores del campamento y sus hombres, algunos uniformados de soldados de Fantos. Estaban junto al cobertizo, y gimoteaban los más débiles. Al ver llegar a su jefe, parecieron sacar fuerzas de flaqueza, y algunos huyeron en dirección a los bosques que se levantaban a un par de kilómetros. Apenas se habían alejado de la zona iluminada por la nave cuando unas densas nubes azules parecieron envolverles. Cuando se disiparon, no quedaba de ellos el menor rastro.

Marcos se mordió los labios, al tiempo que escuchaba un chillido

ahogado de Ursula, que se aferró a él. Observó que Maroto gritaba unas órdenes a sus hombres, que no pudo entender, pero dedujo que les prohibía intentar traspasar la zona iluminada. Maroto estaba demostrando cómo había llegado a ser el jefe de las guerrillas contra el general Fantos. Sabía reaccionar ante las situaciones difíciles, aunque no las comprendiese.

Del interior del cobertizo salieron quejidos lastimeros, de los soldados del general que se hallaban prisioneros. Marcos les volvió la espalda, y regresó a la entrada del túnel, donde habían agrupado los que un momento antes estaban delante del cubo.

—Mientras Ramírez bajó a advertirnos, algunos hombres más sintieron miedo e intentaron huir —explicó Maroto, con voz ronca—. Desaparecieron como esos dos desgraciados que hemos visto esfumarse en las nubes azules. Esos condenados parecen no querer que nos alejemos —añadió, señalando hacia la nave. Aunque sin mirarle, preguntó al profesor—: Usted parece que ya sabía que la procedencia del cubo que hay abajo es extraterrestre, señor Mentiof. ¿Acaso tiene alguna relación esta nave con ese trasto?

—Eso es algo que me gustaría saber, muchacho. Pero me parece que nos vamos a enterar, con un poco de suerte, de todo eso. Observen. La nave está descendiendo.

Efectivamente, la gran mole luminosa perdía altura con desesperante lentitud, apenas un metro por segundo. A medida que se acercaba al suelo, la luz procedente de su parte inferior se iba desplazando hacia los laterales, primero, y luego, cuando apenas eran tres metros la separación que tenía de la tierra, toda ella resplandecía.

Marcos no pudo por menos que sorprenderse cuando escuchó a Cosme ordenar a sus asustados hombres:

—Aten al general y al comandante. No quiero que escapen, aprovechando alguna confusión.

—Por favor, Maroto —sonrió Fantos—. ¿Me cree tan loco como para desear verme convertido en una nubecilla? Ahora no es el momento de pelear entre nosotros. Además, me parece que va a necesitarme.

—¿Necesitarle yo a usted? —preguntó Maroto, entornando los ojos.

—¿Por qué no? Si dentro de esa nave vienen seres de otro planeta, es lógico que yo, el primer mandatario legal de esta nación,

sea quien les dé la bienvenida.

—Olvídese que vienen en son de paz —masculló el profesor—. Por desgracia, han demostrado su peligrosidad. Ya han muerto varios hombres.

—Mentiot tiene razón. Debemos estar preparados —dijo Marcos —. Cosme, deme un arma y ordene a sus hombres que tengan preparadas las suyas, pero que sólo abran fuego cuando usted lo ordene. Y le ruego que lo piense, antes de hacerlo. Aunque las intenciones de esos seres no parecen ser muy pacíficas, es posible que hayan cometido algún error de cálculo, y no sean responsables de la muerte de los que quisieron huir.

Maroto asintió, y entregó un revólver a Marcos, cogiendo él un fusil automático de uno de sus hombres, que suspiró, aliviado, al verse desarmado y así poder retroceder un poco.

—Ursula —dijo Marcos a la muchacha—. Será mejor que tú y el profesor os refugiéis dentro del túnel.

—Lo siento, amigo, pero no pienso perderme nada de esto —protestó Mentiof.

—Y yo me siento más tranquila viendo lo que pasa que imaginándomelo, allá abajo. Lo siento —sonrió Ursula—. Pero gracias por preocuparte de mí.

La nave había terminado de bajar los últimos centímetros, y se detuvo. Estaba a unos cincuenta metros de ellos y a unos doscientos del grupo, junto al cobertizo. A pesar de la fuerte luz que desprendía, no sentían calor alguno. La maniobra de descenso la había hecho de forma totalmente silenciosa. Tampoco habían sentido moverse la más ligera brizna de hierba, ni agitarse las copas de los árboles.

Marcos se preguntaba si aquella mortal e invisible barrera seguiría aún rodeándoles. Aunque sentía una gran curiosidad por presenciar lo que sabía iba a ser el gran reportaje de su vida, si salía con vida, no le habría importado huir de allí, alejarse del campamento con Ursula, de haber tenido la seguridad de no correr ningún peligro, al cruzar el último metro iluminado del terreno.

Nadie sintió el menor deseo de hablar, durante los interminables minutos que transcurrieron. Al fin, cuando nadie lo esperaba, un segmento del lateral de la nave, que estaba frente a ellos, pareció esfumarse, formando una puerta ovalada, de la que salió una tenue luz amarilla. Todos contuvieron la respiración.

Suave y lentamente, una sombra se colocó en el centro del óvalo amarillo. La luz procedía del interior, y nadie pudo aún distinguir la configuración del ser extraterrestre. Entonces una especie de pasarela se extendió desde la nave al suelo, y el ser comenzó a bajar por ella.

Cuando estuvo bajo la luminosidad blanca que despedía el fuselaje de la nave, ante la cual se había detenido, todos pudieron observar el aspecto de aquel ser, que medía más de dos metros de altura.

—¡Es una rata gigantesca! —gritó Ursula.

CAPÍTULO IX

Fue la cara del profesor, inclinada sobre él, lo primero que vio Marcos, al recobrar el conocimiento. Sintió una tremenda sequedad en la garganta. Parpadeó varias veces para aclararse la visión, y miró en derredor suyo.

La mente la tenía embotada. Al tratar de pensar, sintió que la cabeza parecía quererle estallar.

—Con calma, muchacho. Tómatelo con tranquilidad, y te repondrás en seguida. Si te serenas, pronto te encontrarás bien —le dijo el profesor Alexis, palmeándole la espalda. Le ayudó a levantarse del suelo, dejándole sentado—. Voy a ayudar a los demás.

Marcos vio al profesor alejarse, caminar unos pasos hacia el siguiente cuerpo tendido en aquel suelo esponjoso y de color rojo, de cálido contacto. Mentiof estaba ayudando a recuperarse a Cosme Maroto, que comenzaba a agitarse.

Aspiró hondo, notando que el aire que entraba en sus pulmones era limpio, demasiado fino, tal vez. No pudo evitar toser levemente. Se estaba encontrando mucho mejor. Al girarse para, darse una idea de dónde se encontraban, descubrió a Úrsula, inmóvil y boca arriba Soltó un gemido de alarma y, de un salto, se colocó a su lado, buscando desesperadamente sus impulsos vitales, que le convencieran que estaba viva.

—Está bien, Marcos —le dijo el profesor—. Déjala recuperarse por sí sola. Cada uno debe volver en sí, sin ayuda.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo han asegurado ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los seres de esta nave, desde luego. Se llaman attolitas.

Marcos se quedó con la boca abierta, mirando al profesor terminar de ayudar a Cosme Maroto, quien movía la cabeza mirando a su alrededor. Alexis le susurró algo al oído, y se dirigió hacia otro de los cuerpos, hacia el general Fantos.

Maroto se acercó a él, arrastrándose. Preguntó con la mirada

cómo se encontraba la muchacha, y Marcos asintió con la cabeza.

—¿Sabe que estamos en el interior de la nave? —preguntó.

—Sí, me lo dijo el profesor. ¿Qué pasó? Sólo recuerdo que aquella rata enorme, caminando como un hombre, se dirigía hacia nosotros y…

—Entonces uno de sus hombres se puso nervioso, y disparó —rezongó Marcos—. Aquel imprudente se esfumó en una nubecilla, y luego, todos nosotros comenzamos a caer a tierra. Debieron traernos al interior… ¿Cuánto tiempo habrá pasado?

Maroto poseía una constitución asombrosa. Se había despertado después que Marcos, y parecía ya totalmente repuesto. De un salto, se puso en pie, caminando unos pasos y mirando a todas partes.

Entonces Marcos se dijo que ya era hora de hacerse una completa idea de dónde estaban. La estancia debía tener unos cinco metros por ocho, y las paredes eran totalmente grises, así como el techo, del cual parecía surgir la potente luz que alumbraba hasta el último rincón, sin producir sombra alguna. Únicamente el suelo era de distinto color, rojo.

—Pero aquí no estamos todos —dijo Maroto.

Con cierto trabajo en sus músculos, Marcos se alzó, y asintió, después de mirar los cuerpos inanimados.

—Es cierto. Solamente estamos el profesor, el general, el comandante Ortega, Rob Chrimes, Ursula, Ramírez, usted y yo. ¿Por qué no los demás hombres, los trabajadores, los guerrilleros y soldados de Fantos prisioneros?

Cosme se encogió de hombros. Miraba con desdén al general, que se sujetaba la cabeza con las manos.

Marcos escuchó un gemido a su derecha, y se volvió. Ursula se movía, y acudió, solícito, a su lado para ayudarla.

* * *

Todos estaban sentados en semicírculo alrededor del profesor, esperando escuchar sus palabras:

—Sí. Yo fui el primero que pude despertar. Me sacaron de esta estancia, y me condujeron a una habitación, a través de un estrecho corredor. Eran dos ratas, que me indicaron por señas el camino. No

puedo decir si alguna de ellas era la que salió o no. Para nuestros ojos son indiferenciables.

»En la habitación, una especie de sala de reuniones, me aguardaban otras siete ratas, sentadas alrededor de una mesa circular. Uno de esos seres vestía jubón y capa de distinto color, y parecía ser el jefe. Me sorprendió al hablarme primero en castellano, y luego en inglés, cuando comprendió que yo no hablo muy bien el primer idioma. Se presentó como Nurok. Había otro ser a su lado, llamado Ercus, que apenas habló, pero parecía tan importante como el que llevaba la voz cantante.

»Es obvio decir lo que me sorprendió escuchar hablar en inglés, bastante correcto, aunque con un extraño tono, a un ser tan distinto a nosotros. Resultaba sorprendente escuchar de aquella boca ratonil frases terrestres. Naturalmente, le pregunté cómo lo hablaba, pero no parecía muy dispuesto a satisfacer mi curiosidad. Se refirió, de pasada, a que habían tenido tiempo de aprender los más importantes idiomas de la Tierra, mientras permanecieron algún tiempo sobrevolándonos.

»El llamado Nurok estaba impaciente por ir al grano y plantearme la cuestión. Fue un tal Indrell quien descendió de la nave, y un soldado intentó atacarle. Desde el interior, le mataron, y luego esparcieron un gas que nos durmió. Entonces procedieron a una selección, y nos metieron a nosotros en la nave —sonrió el profesor, y dijo—: No me pregunten si estamos o no sobre la Tierra o volamos en dirección a algún desconocido destino porque, aunque lo pregunté, no quisieron responderme. Pero me parece que no nos hemos movido del lugar donde la nave aterrizó. Parecen sentirse bastante seguros de no ser atacados. Creo que un campo de fuerza, el mismo que mató a los que intentaron escapar, les protege.

»La selección la ejecutó una máquina de que disponen, y nosotros fuimos introducidos porque nuestros intelectos eran los más elevados —sonrió—. Y por ese mismo orden, hemos sido despertados. Me explicaron que, mientras estábamos sin conocimiento, nos escrutaron, y el resultado que obtuvieron fue satisfactorio, al menos para ellos.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Fantos, con el ceño fruncido—. Además, creo improcedente que sea usted quien nos represente, profesor. ¿Es que esos monstruos ignoran que a bordo está el presidente de la república de Talagua, sobre la que se hallan?

—Oh, vamos, estúpido —le dijo Cosme Maroto—. Usted es nadie, ahora mismo. Y también, mi prisionero.

—Me gustaría saber con qué poder cuenta para someterme, bandido —rio Fantos.

Maroto alzó el puño, y Marcos le contuvo, diciendo:

—Por desgracia, ahora somos todos prisioneros de los attolitas. Escuchemos al profesor.

—Gracias, señor Martin. Nurok me aseguró que nada debíamos temer de ellos. Desgraciadamente, se habían producido algunas muertes, que eran los primeros en lamentar. Aseguró que los primeros contactos entre dos razas distintas suelen ser peligrosos, e imposible de evitar alguna desgracia. Como muestra de su buena voluntad, me mostró, a través de una pantalla, a los demás humanos, soldados, guerrilleros y obreros, que permanecen dormidos sobre los mismos lugares en que se encontraban, cuando soltaron el gas. Así seguirán hasta que nosotros seamos devueltos al campamento... después de ejecutar un pequeño trabajo para ellos, claro.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Martin, frunciendo el ceño.

—Nurok reconoció que ellos se apoderaron del hombre de Cosme Maroto. Le hipnotizaron y ordenaron bajar por el túnel hasta el cubo. Al parecer, sólo nosotros podemos hacerlo. Ellos, los múridos, no pueden accionar los mandos de la compuerta. Nurok asegura que Caspe murió porque una mente totalmente consciente no sirve. Necesitan alguien que lo haga, sabiendo lo que hace.

—¿Y esas ratas pretenden que nosotros corramos el riesgo? ¿Qué nos asegura que no nos ocurrirá lo mismo que a Caspe? —inquirió hoscamente el general.

El profesor movió la cabeza.

—No parecen tener intención de contarlo todo, pero creo que son sinceros porque me han expuesto una serie de consideraciones, que poseen cierta lógica. Es probable que tengan razón. Nurok dice que instruirán adecuadamente a quien se ofrezca voluntario, porque, se me olvidaba, sólo precisan a uno de nosotros. Quien lo haga, no sólo ganará su libertad, sino también la de los demás. Ellos ya han analizado nuestras mentes, y dicen que todos estamos capacitados.

Marcos miró recelosamente las paredes.

—Me temo que esos attolitas nos estén escuchando.

—Es lo más seguro; pero no podemos hacer nada. Tenemos que resolver este problema. La pregunta es: ¿qué podemos hacer? No lo

han dicho, pero me temo que, si nos negamos, ninguno de nosotros saldrá de aquí con vida. Ellos, simplemente, quieren lo que hay dentro de ese cubo. Luego se marcharán para no volver nunca más, dicen.

—¿Así de sencillo? —preguntó, con sarcasmo, el general.

—Yo tampoco confiaría mucho en las promesas de esas ratas, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Por ejemplo, exigirles que nos digan qué contiene el cubo —apuntó Marcos.

—¿Cree usted que no me interesé por lo que contiene? Pero ellos me respondieron que eso no nos importa. Yo les dije que no encontraría quien quisiera colaborar con ellos, entre nosotros, si sospechábamos que lo que hay dentro del cubo puede suponer una amenaza para nuestro planeta.

—Ustedes, los yanquis, siempre serán iguales —protestó Fantos—. No olviden que estamos en Talagua, y yo soy su primer mandatario, aunque me consideren su prisionero. Por ahora, somos todos prisioneros de esas ratas gigantes. Y si alguien tiene que decidir lo que debemos hacer, ése soy yo. Los Estados Unidos no tienen nada que ver en este problema.

—Es un problema mundial, ahora —recalcó Rob Chrimes—. En este momento, debemos pensar como terrestres. Soy de la opinión que debemos negarnos a colaborar con esas ratas. Esa masa de metal, en forma de cubo, no debe pertenecerles, pues en caso contrario, no deberían encontrar dificultad alguna en abrirlo.

—Es razonable —asintió el profesor. Parecía vacilar entre decir algo más o no, pero cerró la boca y permaneció en silencio.

—Entonces, todo decidido —suspiró Ursula—. Si es preciso, moriremos por la Tierra.

—No sea ridícula, señorita —protestó Fantos—. La cuestión aún no está decidida. Los attolitas han debido decir al profesor lo que nos pasará, si nos negamos a colaborar…

Ursula no respondió al general porque ella ahogó un grito, y señaló una de las paredes. Todos se volvieron, y vieron, junto a una abertura, que segundos antes no existía, a una imponente rata, alzada sobre sus patas traseras. Vestía un ajustado taparrabos, y su pecho estaba cruzado por unos correajes metálicos de color dorado. Una capa escarlata caía desde su cuello hasta unos centímetros del suelo.

—No hemos pronunciado aún ninguna amenaza —dijo el múrido con voz átona y avanzando un paso. La puerta volvió a confundirse con la pared, desapareciendo.

—¿Es usted Nurok? —preguntó el profesor, entornando los ojos. Todos los attolitas vestían las sucintas vestimentas, y no poseían rasgos de fácil identificación.

—No. Soy Ercus. En realidad, soy el jefe de la nave. Nurok intentó convencerles con suavidad, pero hemos estado escuchándoles, y pensamos que nunca llegarán a ponerse de acuerdo —miró al profesor con censura, añadiendo—: Es usted mal mensajero, Alexis Mentiof. ¿Por qué no ha dicho a sus amigos que hemos prometido recompensas, a cambio de la pequeña ayuda que solicitamos?

El profesor bajó la mirada hasta el suelo. Pero el general Fantos se acercó al múrido como impelido por un resorte, inquiriendo:

—¿Qué clase de recompensa?

—Creo que la suficiente para satisfacer el deseo de cada cual. Por ejemplo, sabemos que el oro es muy apreciado para ustedes. Aunque usan un arcaico sistema de intercambios, es un metal muy cotizado. Nosotros lo usamos para nuestras conexiones eléctricas y obtención de aleaciones. No le damos el menor valor adquisitivo. En la nave llevamos bastante cantidad.

—El oro nunca viene mal, pero aún desearía otra promesa —los ojos de Fantos brillaban, mientras hablaba.

Aquellas palabras parecieron incomodar a Ercus, pero dijo:

—Dígame qué cosa es.

—Quiero que esos hombres no regresen vivos conmigo —señaló a Maroto y Ramírez—. Pueden matarlos o llevárselos con ustedes, lo que deseen. Y si no aceptan esto, al menos que, al volvernos a dejar en el campamento, sólo mis hombres sean despertados. El resto son mis enemigos.

Ercus pareció emitir una sonrisa.

—No tengo la menor intención de inmiscuirme en sus cuitas por el poder, Zacarías Fantos. Pero le prometo que sus deseos serán cumplidos —señaló al grupo de estadounidenses y preguntó—: ¿Estos no son sus enemigos?

—Digamos que tampoco mis amigos; pero no deseo que mueran.

Su desaparición podría crearme problemas…

—Es usted muy gentil —escupió Ursula.

Fantos se encogió de hombros.

—Ahora estoy convencido de que nunca quisieron colaborar con mis enemigos. Les dejaré volver a su país, cuidándome bien que no se llevan ninguna prueba de lo que aquí ha pasado. No tengo que preocuparme, porque nadie les creerá.

—Tendrá que ser instruido para que pueda abrir el cubo, Zacarías Fantos —dijo Ercus.

—Bueno, yo… En realidad, será el comandante Ortega quien lo haga —dijo Fantos, nervioso, ante la mirada llena de estupor y miedo de Ortega.

—No se peleen —intervino Marcos—. Puesto que va a hacerse, no me importaría ser yo quien bajara para abrir el cubo.

—¿Por qué lo hace, Marcos? —preguntó Ursula. Su voz sonaba a decepción.

—Digamos que curiosidad —sonrió—. Además, estos caballeros están demasiado asustados. ¿Acaso usted no vendría conmigo, profesor? ¿No siente curiosidad?

Mentiof negó con la cabeza.

—Mucha, señor Martin, pero sigo opinando que no actuamos como habitantes de la Tierra, secundando a estos seres.

—De acuerdo. Instruiremos al llamado Marcos Martin —asintió Ercus—. Y cumpliremos nuestra promesa, Zacarías Fantos. Por supuesto, ha sido usted el promotor de la colaboración que precisamos. En breve espacio de tiempo, vendremos por usted para instruirle, Marcos Martin.

Ercus retrocedió, y la puerta volvió a aparecer, la franqueó y de nuevo la pared recobró su lisura.

Maroto había estado silencioso, desde la intervención de Fantos, pero apenas se hubo ausentado el múrido cuando saltó sobre el general, gritando que le mataría allí mismo, antes de permitir que Talagua siguiese sufriendo la opresión del dictador.

Ramírez no sabía inglés, y su jefe le había estado traduciendo al

castellano lo que allí se habló. Cuando Ortega quiso intervenir para defender a su general, se interpuso. Pero Maroto nunca llegó a poner sus manos sobre el cuello de Fantos. Pareció chocar contra una invisible pared, y cayó al suelo, aturdido. Ramírez también quiso golpear al comandante, y su puño se estrelló en el aire. Comenzó a saltar y gemir de dolor.

Fantos se había puesto muy pálido, y terminó sonriendo.

—Nuestros amigos extraterrestres parecen cumplir muy bien su promesa, y nos brindan su protección. Por un momento, había temido que no fuesen a hacerlo.

Marcos se acercó al general, y le aseguró que no pensaba hacerle ningún daño. Se limitó a poner su mano sobre el hombro. Lo consiguió, y se volvió hacia el profesor, como pidiendo su opinión.

—Esta habitación debe captar nuestros pensamientos. Cuando Maroto saltó sobre el general —explicó Mentiof— su mente había decidido tal acto, unos segundos antes, los suficientes para que una especie de barrera energética sirviera de escudo al general. Me parece que aquí no es admitida la violencia.

Maroto se estaba levantando, y miraba con ojos inyectados en sangre a los dos militares.

—De todas formas, no se saldrán con la suya, asesinos.

CAPÍTULO X

—Creo recordar que me dijiste que tu madre era alemana —dijo Marcos a Ursula, en idioma germano. Estaban apartados de los demás, y la muchacha le miró interrogadoramente—. Los attolitas pueden leer nuestros impulsos mentales, pero estoy seguro de que no nos entenderán si hablamos en alemán.

—¿Tienes que tutearme en este idioma? —preguntó Ursula en alemán—. No importa. ¿Qué pretendes hacer ahora?

—¿Estás enfadada conmigo?

—No te creí capaz de colaborar con la sabandija del general. Reconozco que me has decepcionado.

—Lo siento. Confío en que me darás la oportunidad de convencerte de lo contrario, cuando volvamos a Nueva York. ¿Aceptarías una invitación mía para cenar?

—Sí, desde luego. Y en tu apartamento —rio ella, con sorna—. No creo, a pesar de lo que ha dicho Fantos, poder regresar a nuestro país. Y eso, si los attolitas nos dejan ir.

—De eso quería hablarte, precisamente. Ese cubo debe contener algo muy importante para ellos, que ha permanecido en la Tierra durante miles de años. Estoy convencido de que no fueron los ascendientes de estos seres quienes lo ocultaron. Debieron ser los que dejaron los rastros lineales en la meseta, y no debieron ser de la misma raza. Sino, ¿cómo nos explicamos que la mente múrida sea incapaz de conseguir su apertura? Ese inconveniente ha de estar establecido precisamente para que no sean las ratas quienes tengan acceso a su interior. No sé si podría representar o no un peligro para nosotros el que los attolitas consigan su propósito, pero sí pienso que deben haber otros seres en el espacio, que paguen las consecuencias de nuestra colaboración.

—¿Por qué te has ofrecido a colaborar, si piensas así?

—Es mejor estar presente que ausente. Tal vez yo pueda conseguir neutralizar los propósitos de esos extraterrestres.

—¿Cómo?

Marcos se encogió de hombros.

—Eso no lo sé aún Pero me gustaría saber lo que están haciendo en estos momentos, esas ratas. Me parece que tardan mucho en venir por mí. Parecían muy impacientes por apoderarse del interior de ese cubo negro.

* * *

Nurok y Ercus observaban, desde el pie de la nave, cómo sus compañeros maniobraban con las máquinas excavadoras, equipadas con rayos láseres. Desde hacía cerca de una hora estaban trabajando con los aparatos que habían sacado de la bodega de la nave para conseguir extraer de las profundidades el cubo.

—En el exterior, trabajaremos mejor —dijo Nurok—. Introduciremos la cripta en la nave, y rodearemos la resurrección de Traoll con todos los medios de seguridad. No me hacía gracia proceder a la apertura, en el túnel. Los nativos no tenían que enterarse de que aquel humano que enviamos sólo efectuaría una prueba.

—No debemos confiarnos —dijo Ercus—. Aunque hayamos rastreado el terreno, y ningún nativo esté cerca de la barrera protectora, no tenemos mucho tiempo. No podemos consentir que nuestra presencia sea detectada por los demás habitantes del planeta.

Nurok preguntó, preocupado:

—¿Qué hay de tu promesa hecha a los terrestres?

Ercus soltó una carcajada.

—Les dejaremos salir de la nave, muy confiados, pero nos elevaremos inmediatamente y arrasaremos todo el contorno. Es posible que algún día volvamos a este planeta para proveernos de esclavos humanos, y acelerar la evolución de nuestros minúsculos hermanos múridos, que sufren la persecución de los humanos. Seguro que Traoll piensa como yo. Ya has podido comprobar que los terrestres son fáciles de engañar, a causa de su miedo a morir y a la ambición.

Las excavadoras ya habían practicado un enorme cráter, y una máquina, provista de un extractor magnético, estaba sacando del interior el cubo negro. Nurok y Ercus contuvieron la respiración, a causa de la emoción. Era la primera vez que sentían el éxito al alcance de sus manos. Indrell corrió para guiar la grúa hasta la entrada en la base de la nave. Instantes después, el resto de las máquinas se deslizaron hacia el interior de la bodega. Antes de que la última de ellas lo hiciera, Ercus dijo al múrido que la controlaba, mientras

señalaba el cobertizo donde el resto de los humanos no seleccionados yacían, inconscientes:

—Aniquílalos.

Se dirigían hacia la nave, y se volvieron unos segundos para ver cómo el trazo de luz convergía sobre la frágil construcción de madera y chapas, se producía una pequeña y silenciosa explosión, y el cobertizo dejó de existir.

* * *

Ocsac fue a comunicar a los terrestres que ya estaba dentro de la nave la cripta, pidiéndoles que le siguieran. Los condujo a través de unos corredores hasta una habitación desnuda, en la que una de las paredes era totalmente transparente.

—Desde aquí, verán los demás cómo el humano llamado Marcos Martin procede a la apertura de la cripta. Ahora regresaré. Tengo que ayudar a mis compañeros a colocar en la otra estancia el elemento que estamos entrando.

Se retiró por aquella especie de puerta, que inmediatamente se transformaba en pared sólida e impenetrable. Los terrestres se arremolinaron junto al cristal. Al otro lado había una gran sala. Los attolitas estaban empujando el cubo hacia el centro, que parecía flotar en el aire, y apenas pesar unos kilos, a pesar de su imponente masa metálica.

Inesperadamente, Marcos asestó un puñetazo en la mandíbula del comandante Ortega, que cayó pesadamente al suelo. Maroto parecía esperar algo semejante, pues asestó varios golpes al sorprendido general hasta que consiguió ponerlo fuera de combate.

En seguida miraron a través del cristal. Los attolitas seguían trabajando en la maniobra. Parecían no haber detectado ningún incidente, al otro lado del cristal.

—Ocultemos estos cuerpos en un rincón, donde no puedan ser vistos desde esa sala —dijo Maroto, cogiendo al general por los sobacos, y empujándole para apoyarlo contra la pared. Ramírez se hizo cargo del comandante.

Cuando fueron a dejarlos apoyados contra la pared vieron, asombrados, cómo los cuerpos se deslizaban a través de la lisa superficie de acero, y desaparecían al otro lado, como si estuvieran cortados por la mitad. El profesor acudió corriendo, exclamó algo en

su lengua natal, y en seguida añadió en inglés:

—Asombroso. Los attolitas pueden manejar la estructura molecular de este metal que forman las paredes, con su poder mental, sin duda; pero los cuerpos humanos inconscientes consiguen lo mismo. Si terminamos de empujarlos, no podrán descubrirlos, cuando vuelvan.

Maroto empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza, pero obedeció al profesor. Todo aquello era demasiado complicado para él. Luego, volvieron al cristal. Los attolitas seguían absortos en la colocación del cubo sobre un pedestal.

—Indudablemente, esta habitación no dispone de las condiciones precisas para que nuestras intenciones puedan ser neutralizadas previamente, como ocurría en la otra, tal como supusimos —sonrió el profesor—. Por lo tanto, tampoco nuestras conversaciones son escuchadas —movió la cabeza—. Si existiera algún medio de poder atravesar estas paredes, como hemos hecho con los cuerpos del general y el comandante...

—Existe un medio —dijo Marcos.

—Pues dígalo de una condenada vez —exclamó el profesor.

—Hipnotismo. Bajo el hipnotismo, una persona actúa de forma subconsciente. En algún lugar, he leído que usted, profesor, ha hipnotizado a supuestos observadores de platillos volantes para saber si decían la verdad o no.

—Y todos resultaron ser unos embaucadores —gruñó Mentiof—. ¿Y a quién tengo que hipnotizar?

Marcos frunció el ceño. Miró a la sala. Los attolitas estaban terminando los preparativos, y uno de ellos, tal vez Nurok, se dirigía hacia ellos. Había poco tiempo para pensar.

* * *

Nurok señaló la demarcación ovalada de la puerta, explicando a Marcos:

—Como ves, existen tres manijas en la puerta. Primero has de mover las laterales hacia el centro a la vez, apretándolas fuertemente, pues, en caso de hacerlo con suavidad, no se moverán. La presión es vital porque en las manijas existen unos sensores que analizarán tu biología y estado de conciencia. Una vez que los analizadores estén

conformes, la manija central vibrará, y tú deberás cogerla con ambas manos e impulsarla hacia arriba, al mismo tiempo que deberás concentrarte mentalmente para desear que la puerta sea abierta.

—¿Qué ocurriría si el analizador no me aceptara? El otro humano murió, de un fallo al corazón que le provocaron las manijas...

—Estamos seguros de que en tu caso nada ocurrirá. La última prueba será cuando manipules en la manija central. Ahí sí correrás el último riesgo, ya que si no desearas fervientemente que la puerta se abra, el analizador podría actuar en tu contra. Pero como sabes que necesitas esto para sobrevivir, tu subconsciente lo deseará vivamente. Por eso murió el otro terrestre. Su mente acondicionada no podía desear tal cosa, con vehemencia.

—Supongo que estaréis en lo cierto —suspiró Marcos, encogiéndose de hombros y adelantándose hacia la entrada. Miró a su derecha hacia el cristal, a cuyo otro lado sus compañeros debían estar observándole, aguardando el momento de entrar en acción. Asombrosamente, desde la sala el cristal aparecía como una pared totalmente opaca. El mùrido que fue a buscarle ni siquiera habíase percatado de la ausencia de los dos militares, tal era su estado de excitación, ante la inminente apertura de lo que los attolitas llamaban cripta.

Marcos comentó con el profesor que, momentos antes, el múrido habíase referido al cubo como cripta. Era Ocsac. Lo dijo en inglés y seguramente, al utilizar un idioma recientemente aprendido, no se percató que, sin darse cuenta, había revelado lo que el cubo podía contener. Cripta significaba que allí dentro había un cadáver o... Marcos no se atrevía a pensar nada definitivo. Prefería esperar unos segundos, y encontrarse dentro. Naturalmente, los múridos sólo querían que él abriese la puerta. No habían dicho nunca nada de que entrase también.

El plan que había pensado era difícil de llevar a la práctica. Aunque el profesor disponía de ciertos conocimientos sobre hipnotismo, se carecía del tiempo suficiente para poner bajo trance a todos, con la suficiente garantía de inculcarles el deseo subconsciente de ir pasando de un nivel de la nave a otro hasta alcanzar el exterior. Lamentablemente, nadie sabía hacia dónde estaba el exterior, por el camino más corto, y aún dudaban si la nave continuaba posada cerca del campamento. De todas formas, Marcos había dicho que él procuraría distraer a los múridos mientras que Rob intentaba buscar algún medio para salir de aquella estancia sin puertas. Después que colocaron los cuerpos inanimados del comandante Ortega y Fantos al

otro lado de la pared, ninguno pudo recuperarlos.

Marcos subió al estrado y se situó delante de la puerta del cubo. Adelantó sus brazos y cogió las manijas laterales. El ambiente era agradablemente fresco y el aire, sano para sus pulmones, pero sin embargo notó cierto sofoco y empezó a sudar. Lentamente, fue haciendo girar las manijas hacia el centro. Al principio no consiguió moverlas. Tuvo que apretarlas con todas sus fuerzas, empleándolas a fondo para lograr que se movieran en dirección al centro. Mientras las manijas hacían el recorrido, Marcos notó una extraña sensación recorrerle el cuerpo. Una misteriosa fuerza parecía penetrar por las yemas de sus dedos hasta el más recóndito grupo de células de su organismo, hasta la médula de sus huesos y, sobre todo, de su cerebro.

Marcos cerró los ojos. Recordó la muerte de Caspe. Paralización del corazón, había dicho el profesor. De todas formas, aquélla era una muerte rápida. Abrió los párpados y volvió a ver la negra puerta y sus manos aferradas a las manijas, ya colocadas en la posición adecuada. No había sucedido nada, aparte de que seguía sintiéndose extrañamente conectado con lo que podía haber dentro del cubo.

Se volvió lentamente para mirar a los ansiosos múridos, que le rodeaban expectantes. Nurok le hizo un gesto para que continuase.

Marcos respiró profundamente. Había dejado de sudar. Se sentía extrañamente tranquilo, muy animado. Con suavidad, como si temiera que pudiera romperse, agarró la manija central con ambas manos. Entonces la sensación que estaba sufriendo aumentó de capacidad. Ahora ya no parecía sentir sólo una subida de energía, sino que los secretos interiores del cubo afluían a su mente. En una mescolanza imposible de separar al principio, como mensajes emitidos por distintas razas, pero con destinos afines, en menos de unos segundos seres extraños y lejanos, por medio de grabaciones dejadas en las máquinas interiores del cubo, milenios antes, le tranquilizaron. Marcos había sido analizado y recibido la aprobación. Toda su mente había sido leída, sopesados sus pensamientos e intenciones. Había pasado la prueba.

Escuchó la voz nerviosa de un múrido apremiarle para que terminase. Serenamente, mirando hacia el cristal y mirando a sus compañeros aguardando algún imprevisto instante para buscar la huida, Marcos alzó la manija central.

Se escuchó un chasquido. El terrestre se retiró cuando la ovalada puerta comenzó a deslizarse hacia el interior, en donde unas luces empezaron a encenderse. Sintió que los múridos se arremolinaban

detrás suyo, y uno de ellos le apartaba con cierta violencia.

Pero antes de ser apartado, Marcos pudo echar un vistazo al interior, aunque su mente ya sabía lo que allí vería.

Dentro del cubo, rodeado de innumerables aparatos y yaciendo sobre una larga mesa, cubierto por una campana transparente, un gran múrido, con el pelaje grisáceo de la edad, estaba inmóvil.

Apenas los attolitas comenzaron a entrar, rodeando la mesa con su jefe sumido en el largo sueño de milenios, las luces blancas del cubo palidecieron, se trocaron en amarillas y empezaron rápidamente a adquirir un sangriento tono rojo.

Marcos retrocedió un paso y descendió del estrado. Todos los múridos estaban dentro, paralizados alrededor del inmóvil Traoll. La puerta ovalada comenzó a cerrarse lentamente.

Entonces una vibración empezó a adueñarse de toda la nave y el cubo, nuevamente cerrado, brillaba cada vez con mayor intensidad, contagiando de su brillantez los suelos, paredes y techos del ingenio estelar.

Pero Marcos no estaba asustado. Incluso dirigió una sonrisa de tranquilidad a sus compañeros, situados al otro lado del cristal, que le miraban, interrogantes en sus ojos, sin comprender lo que estaba sucediendo, ansiosos por escucharle.

Después, llegó la oscuridad.

EPÍLOGO

Los sucesos posteriores fueron recordados, dos semanas más tarde, por Marcos, en compañía de Ursula, en el apartamento de la muchacha en Nueva York. Estaban sentados frente a la ventana. La ciudad brillaba bajo ellos con millones de luces en la noche. Escuchaban una suave música, relajadora, y terminaban de beber su tercer Martini seco.

Marcos aún tenía vivo el recuerdo de haber abierto los ojos en el removido terreno del campamento. A su lado, asombrado aún por el increíble hecho de haber estado, segundos antes, en el interior de la nave attolita, el profesor, Ursula, Rob, Maroto y Ramírez, le rodeaban como si él fuese el único capaz de explicarles lo que había sucedido.

Y no se equivocaban.

Pero antes recorrieron el campamento, descubriendo, apenados, cómo los prisioneros, hombres de Maroto, soldados del general y trabajadores contratados por el profesor, habían sido aniquilados por los múridos. Ursula hizo notar la ausencia de Fantos y de Ortega.

—Tal vez nosotros seamos un poco culpables de su suerte, porque no me atrevo a decir de su muerte —había explicado Marcos antes de proceder a levantar el campamento y alejarse de allí. Miró el lugar donde instantes antes había estado el navío estelar, y añadió—: Dentro del cubo había un ser maligno, que sus semejantes y otra raza igual a nosotros colocaron allí para preservar la paz. Hace veinte mil años, más o menos, lo enterraron en nuestro planeta para que algún día muriese. Ellos no querían ser los ejecutores directos porque sus leyes les prohíben matar un ser vivo intencionadamente. El ser se llamaba Traoll, y sus ideas eran belicistas. Pero existían ciertos discípulos suyos que acudieron al pasado a rescatarle. Como el cubo estaba acondicionado para no poder ser abierto por ningún múrido, recurrieron a los humanos de la Tierra. Han estado avanzando en el tiempo desde hace cerca de veinte mil años, intentando encontrar la persona con suficiente intelecto para sus fines. Llegaron hasta nuestros días y decidieron actuar porque el tiempo se les acababa. De un momento a otro, los mecanismos que mantenían la vida de Traoll podían dejar de funcionar.

»Pero los múridos amantes de la paz, y los humanos que compartían con ellos una galaxia, fueron precavidos, mucho más de lo

que los acólitos de Traoll pudieran suponer. Caspe murió, a pesar de ser humano, porque su mente estaba controlada, no era libre. Yo actué voluntariamente, de acuerdo con mi subconsciente, porque tenía que salvar mi vida y la de ustedes. Apenas puse mis manos en las manijas, todo esto fue analizado y sabido por los computadores interiores del cubo. Me aceptaron, pero también leyeron en mi mente lo que estaba ocurriendo alrededor mío. Yo les dije que los múridos, enemigos de la paz, iban a liberar a su jefe para devolver la guerra a sus mundos originales, que varios humanos estábamos prisioneros de éstos y que, seguramente, luego seríamos asesinados.

»El cubo tomó conciencia de lo que sucedía y me permitió abrir la puerta. Pero ya había tomado sus medidas para impedir que Nurok, Ercus y los demás múridos se salieran con la suya. Apenas entraron en el cubo, se adueñó de la nave y puso a salvo a los humanos que habíamos en ella, trasladándonos al exterior y haciendo que la nave desapareciera de la Tierra.

—¿Dónde está la nave? ¿Regresó a su planeta de origen?

—No estoy seguro, pero creo que el cubo la transportó a otra dimensión, a otro espacio, salvando a las razas attol y rill de la presencia nefasta de Traoll y sus discípulos.

—También desaparecieron Fantos y Ortega —apuntó Maroto.

—El cubo sólo transportó las mentes conscientes de los humanos que había en la nave. Fantos y su lugarteniente yacían sin conocimiento, y ahora corren la suerte de los demás múridos. No creo que hayan muerto, porque el cubo está acondicionado para preservar toda clase de vida. Pero para nosotros es como si ya no existieran. Nunca volverán a la Tierra. Vivirán y morirán en la nave, solos. Porque los múridos quedaron dentro del cubo, congelados por vida. Pasado algún tiempo, el cubo emitirá una señal a los planetas rills y attolitas para comunicar que la vida que hay en la nave que él dirige ahora se ha extinguido. Entonces, definitivamente, habrá acabado todo.

* * *

Regresaron a la capital días después. Pero antes, Maroto volvió con sus guerrilleros y actuó con rapidez. La noticia de la desaparición del presidente Fantos corrió rápidamente por todo Talagua y sus adictos se desalentaron. La mayor parte huyó a otros países y, poco después, Maroto, al frente de sus triunfantes rebeldes, entraba en la capital, el mismo día que la expedición del profesor aterrizaba en el

aeropuerto Kennedy de Nueva York.

Al despedirse, Mentiof dijo a Marcos que le gustaría mucho volver a verle, y que no le guardaba rencor por haberle privado de su secretaria. Rob se limitó a decirle que tenía una condenada suerte.

Marcos besó a Ursula en el cuello y le preguntó si deseaba otro Martini. Ella le respondió que no, negando con la cabeza. En su mirada había otro deseo, que Marcos supo comprender.

—Te veo un poco ausente, cariño —le dijo dejando que él la enlazara por la cintura.

—Pienso que perdí la gran oportunidad de mi vida de escribir el más sensacional reportaje de todos los tiempos. Si al menos nos hubiéramos quedado con alguna prueba de la estancia de los attolitas.

Ella rio, divertida.

—Pero sí puedes escribir una novela.

—¿Quién lee ciencia ficción, después que el hombre ha puesto sus pies en la Luna? Perdí un reportaje y un montón de dinero, pero te gané a ti.

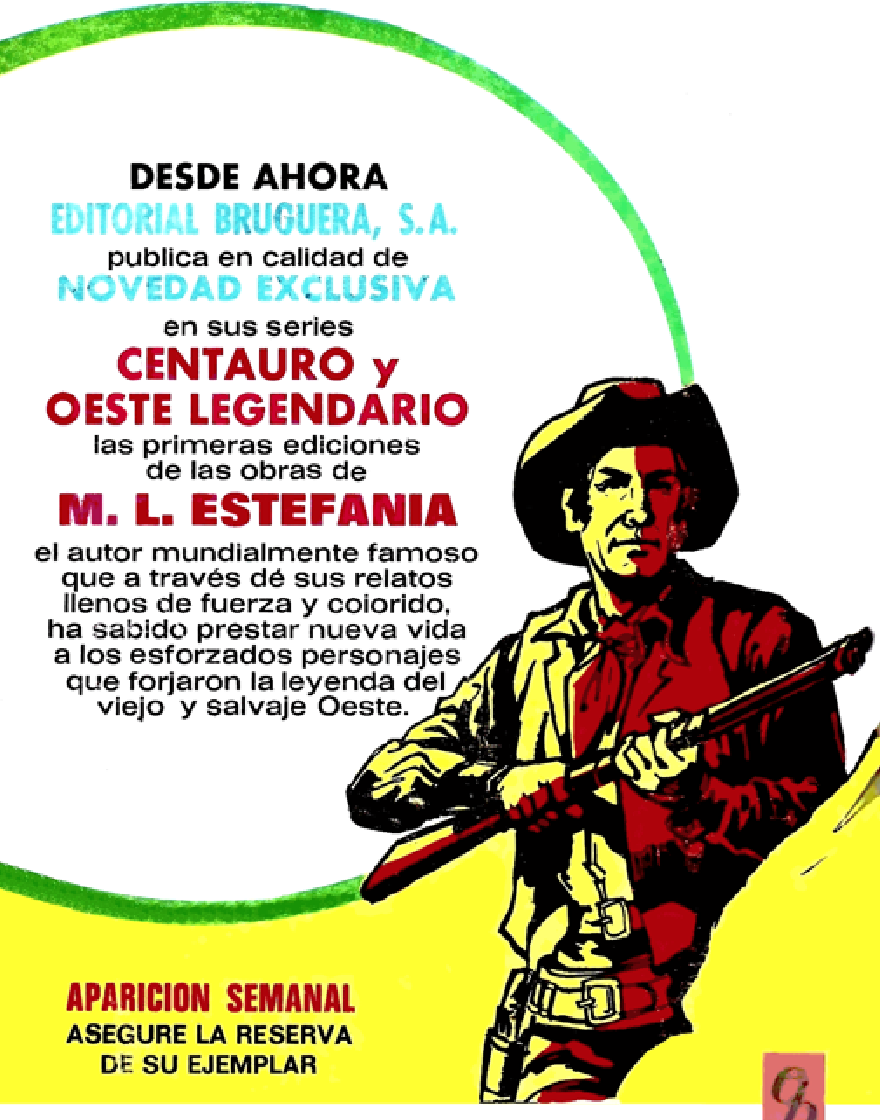
—¿Hubieras preferido lo contrario?

—¿Eh?

—Quiero decir no tenerme a mí y sí las pruebas para que te creyeran…

Marcos no quiso responder. La besó.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.